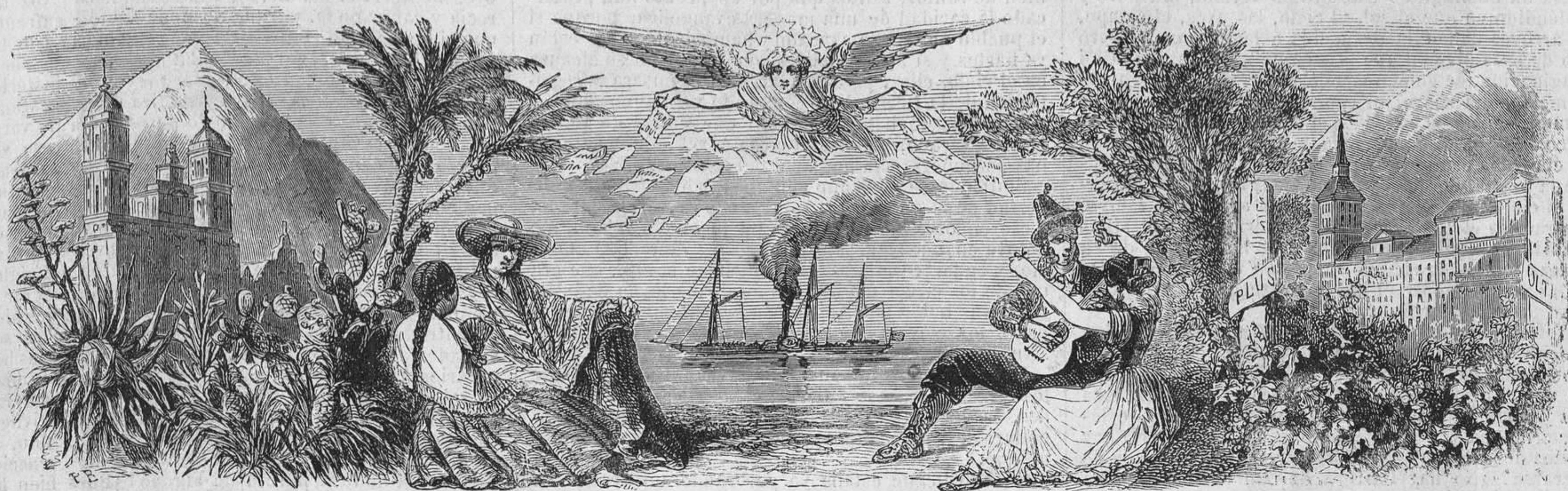


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1873. — TOMO XLI.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

AÑO 32. — N° 1,053.

## SUMARIO.

Gerónimo Carrion; grabado. — La santificación del domingo. — Sucesos de España; grabado. — La «kermesse» ó fiesta patronal de Harlem; grabado. — Revista de París. — Romanes americanos. — Bellas Artes: Las obras del pintor francés Anastasi; grabados. — El manuscrito de un loco. — Monumento conmemorativo de la batalla de Buzenval; grabado. — El emigrado alsaciano; grabado. — Ascension del globo « Juan Bart: » grabado. — Minieh, aldea árabe en las cercanías del Cairo; grabado. — La Armenia y la Persia. — Estudios morales. — Cuadros campestres: La Caída de la tarde; grabado.

## Gerónimo Carrion.

(REPÚBLICA DEL ECUADOR).

Hay hombres que sin pensar en los azares y disgustos que traen consigo los negocios públicos, y sin ocuparse con interés del ruidoso estruendo de la política, su mayor aspiración es disfrutar de la tranquilidad con que les brinda la vida doméstica, y gozar de la paz y tranquilidad de una conciencia pura y sin responsabilidades de ninguna clase, hasta que impulsados por los acontecimientos se ven obligados á cambiar el reposo de la vida privada, por las fatigas y zozobras del magistrado.

El señor Carrion que, presentado súbitamente en la escena pública (por una de las primeras notabilidades de su país), como



GERÓNIMO CARRION.

candidato para la presidencia de la República, fué aceptado por los pueblos que le honraron con su confianza.

Al hacerse cargo del poder supremo, se hallaba el país libre de los enemigos que le invadieran pocos días antes de su inauguración, y todo hacia presagiar las mejoras que debían esperarse de su gobierno. Pero muy luego el partido de la oposición, que era preponderante por entonces, debió preparar su caída.

La legislatura de 1867, aunque no fuera contraria á su gobierno, se declaró en pugna abierta en contra de los manejos de su ministro, y al cerrar sus sesiones dictó un voto de censura contra el presidente Carrion, y declaró al ministro inhabil para obtener destinos públicos por un tiempo determinado.

Carrion hizo dimision del mando, y libre de los disgustos é intrigas del palacio, volvió al retiro de la vida privada. Pero no por esto el nombre del señor Carrion será olvidado: de él hará mención la historia cuando se ocupe de los hechos que tuvieron lugar en Sur-América, siendo presidente del Ecuador.

La alianza que formara con algunas de las Repúblicas vecinas en 1866, para rechazar la invasión de los españoles, le valió el grado de general de los ejércitos de Chile, y posteriormente, la República del Perú le ha dedicado una medalla de honor de inestimable valor, y que será el trofeo que hará imperecedera la memoria de la destrucción de la armada de Isabel, en el puerto del Callao. X.

## La santificación del domingo.

(CUADRO BIZANTINO DE UNA COLECCION INÉDITA.)

Era un domingo de este último verano, día puro y espléndido en que el sol, el cielo, las aves, el campo, los arroyos daban la despedida á la primavera, pero uno de esos días en que la loca de mi casa, ó sea mi imaginación, se empeñó en derramar una espesa nube de melancolía sobre mi espíritu, sin duda para que formara contraste con el espectáculo grandioso y magnífico de la naturaleza sonriente aun y engalanada con los encantos primaverales. ¡Días terribles, mas tristes que la noche, en que el sol no tiene luz, ni transparencia el cielo, ni armonía las aves, ni aromas el campo, ni atractivo el agua cristalina y murmuradora! ¡Días infaustos, en que el alma tiñe con los colores de su tristeza toda la creación, sufre con la alegría de los demás y solo conoce el placer de anegarse en las olas de su propia amargura!

Afortunadamente era domingo, como ya he dicho, y decidí alegrarme como los horizontes, como los pájaros, como las flores, como todos los buenos hijos, ó por mejor decir, como todos los habitantes de esta villa y corte de Madrid, de antiguo tan dados á celebrar cristiana y alegremente todas las fiestas. ¿No hay medios de sacudir el mal humor, de distraerse y de alegrarse? ¿No hay Carrera de San Gerónimo? ¿No hay circo de Price? ¿No hay toros? ¿No hay jardines del Buen Retiro? Y entonces tomé la resolución de luchar á brazo partido con el enemigo malo que tenía dentro de mí y de pasar un buen día á toda costa. ¡En marcha! me dije yo á mi mismo. ¡A la calle! ¡A gozar!

Tenían los atenienses la plaza pública, y su foro los romanos en los tiempos antiguos. Nosotros tenemos hoy la Carrera de San Gerónimo, como los parisienses tienen los bulevares.

La vida de Madrid se encuentra en cierto modo reconcentrada en esta calle, como la vida del individuo se encuentra reconcentrada en el corazón. Todas las elegantes superfluidades, todos los dorados vicios de la vida cortesana encuentran su satisfacción en la Carrera de San Gerónimo.

¿Es la vanidad, la pasión que os domina? Entrad en una de sus joyerías, y allí, un aderezo, una pulsera, un alfiler, una sortija, os costará tal vez lo que podría constituir la fortuna de una familia.

¿Os sonrie la gula? Allí está L'Hardy, el genio clásico de la cocina francesa, y si no teméis aligerar vuestros bolsillos, él sabrá producir en vuestro paladar gratísimas sensaciones por medio de variados manjares y vinos excelentes.

¿Rendís culto al amor? Allí encontrareis mil sacerdotisas de Venus que os conduzcan á los templos de la diosa, ansiosas de satisfacer vuestro gusto y de aceptar vuestra ofrenda. ¡Almas piadosas, hermanas de la Caridad de nuestro vicioso siglo, que al hartar la necesidad saben renovar el deseo!

¿Os arrebatan las punzantes emociones del juego? Subid al Casino, y si todavía allí deseais mayores vértigos, apostados en las esquinas encontrareis afables y oficiosos aprendices de Mercurio que adivinen vuestra afición y os lleven á sus antros misteriosos.

¿Queréis matar el tiempo? Seguid las huellas de la juventud elegante de nuestra corte que pasa las horas muertas en la cervicería inglesa contemplando como desde un cómodo observatorio las hermosuras errantes que pasan por la calle.

¿Os atrae la política? Entrad en la Iberia ó aproximad á algunos de los grupos que se estacionan en las aceras, y allí encontrareis á toda hora y á granel curanderos que encuentren remedios mil de salvar á la patria moribunda y agonizante en manos de los grandes doctores.

¡Oh! ¡Qué grande y hermoso y animado sitio de observación no es esta Carrera de San Gerónimo, que empieza en el mentidero de la Villa, ó sea la Puerta del Sol, y acaba en el Palacio de la Verdad y en el asiento de la grandeza y ventura de todas las Españas, ó sea el Congreso de los Diputados!

Ahí, allí dirigí mis pasos en primer término para vencer mi *espleen*; pero á pesar de ser día festivo, en cuya virtud la afluencia habitual de gentes ociosas estaba engrosada por la nube de empleados que iban á descansar, como Dios, de los grandes trabajos de la semana y por el aluvion de domésticos á quienes tocaba la salida despues del encierro hebdomadario, me encontré al cabo de cuatro ó cinco vueltas mas aburrido y fastidiado que al salir de mi casa, triste y solo en medio de tanta gente, á la manera de un amante que busca en vano á su amada en un baile de máscaras y que considera un sarcasmo la alegría vertiginosa que le rodea.

Cansado de dar vueltas y sin saber qué rumbo seguir, hube de fijarme automáticamente en un gran anuncio fijado en las esquinas que decía: ¡Alto! ¡Alto! ¡Gran meeting que celebran los buenos ciudadanos que quieren salvar á la patria de las garras de la reacción! Y entonces me acordé de que yo también era hijo del

pueblo, nacido en aquellas capas inferiores de la sociedad que están separadas de los dominios de la muerte por los aledaños de la miseria y del hambre, y se acaloró en mí aquel sentimiento de la libertad con que en otros tiempos de cándida inexperiencia y de hervores patrióticos, acepté alegremente algunas pequeñas contrariedades que otros grandes patriarcas é ilustres repúblicos supieron evitar, bien que luego se han presentado como mártires y son tenidos en opinión de santos, santos que por de pronto han practicado la caridad de una manera evangélica, porque si el pueblo anda mas aspeado y hambriento, ellos están ya hartos y si no son felices, que esto solo se alcanza en el cielo, ellos, para ayudarse en la misera peregrinación de la tierra, han comprado ya algunos bienes nacionales, se han construido una casita de recreo para el verano, y guardan en la gaveta algunas láminas de importancia de papel del Estado.

Sintiéndome pues aun con cierta afición á la libertad de la que temo yo que no he de verme curado, y creyéndome modestamente un buen ciudadano, me detuve cuando lei el ¡alto! me enteré de todo el anuncio, y enderecé mis pasos al lugar de la cita, que era uno de los circos madrileños en donde lucen de ordinario sus habilidades, y hacen reír al pueblo que los paga, los clowns de oficio y los histriones de profesión.

La reunion era imponente. Había allí veteranos de los ejércitos de mar y tierra, estadistas de todas edades, oradores, publicistas, hombres de ciencia, propietarios, representantes de la industria y del comercio.

Cuando llegué estaba ya perorando un orador de eléctrica y brillante palabra. ¡Con qué desden hablaba de los reyes y de los poderes tradicionales! ¡Con qué respeto del pueblo y con qué convicción de la emancipación del cuarto estado! Este discurso me conmovió á tal punto, que ya me estaba descalzando los guantes para que mis aplausos sonasen mas fuertes, cuando un impertinente que tenía á mi lado y que se decía amigo del orador, vino á resfriar mi entusiasmo con sus importunas revelaciones. Segun el maldiciente de mi vecino, aquel Demóstenes no era mas que un Rabagás de ocasión, con una afición especulativa muy pronunciada hácia la libertad, concordando admirablemente con una feliz predisposición práctica á hacerse el instrumento mas servil de todas las tiranías, espíritu inquieto á quien la ambición llevaba del uno al otro extremo, vistiéndolo ya con la librea de los lacayos palaciegos, ya con el gorro frigio de la demagogía callejera; ora noble patriota que para salvar la integridad de la patria, sacrificaría la libertad cuando esta declaración desembarazase de obstáculos ó de peligros la posesión al poder; ora iluso fanático ó traidor infame que clavase en el corazón de su madre el vil puñal que pusiesen en sus manos sugerencias torpísimas de extrañas naciones.

Habló despues un desconocido, y para darse á conocer en grande escala sin duda alguna, fulminó rayos y centellas contra los curas, maldijo de la religion y de los reyes, pidió la abolición de quintas y entonó un himno á la regeneración de la sociedad por la democracia.

— ¡Oh! no haga Vd. caso, me dijo el maldiciente que estaba á mi lado. Ese orador, ó para hablar con exactitud, ese ladrador, habla mal de los curas, porque los curas, al conocer sus lúbricas obscenidades, le expulsaron de un seminario cuando quiso hacerse clérigo; adula á la democracia para que esta le levante á mayor altura que los reaccionarios que solo le conceptuaron capaz de ser Tiberillo de aldea en forma de alcalde corregidor; truena contra las quintas porque esa es la consigna del partido ansioso de popularidad, sin perjuicio de lo cual ya verá Vd. cómo despues, todos juntos exigen la mayor de las quintas que se haya conocido, derramando arroyos de sangre sin que se altere el ritmo natural y ordinario de sus pulsaciones, cuando esa sangre de los incautos que hayan tomado por lo serio sus púnicas promesas, debía de caer como plomo hirviente sobre sus podridas conciencias; y en cuanto á las murmuraciones contra palacio, riase Vd. de ellas á mandíbula batiente, porque son aullidos del hambre, y si los llama el príncipe, á quien ladran y muerden ahora, estos oradores de club ya le lamerán las manos despues y aun se prestarán á oficios mas viles, que despues de todo, aunque yo hable mal de ellas, las gentes aquí reunidas son unas buenas gentes, y como los animales reconocen al amo que los nutre y engorda.

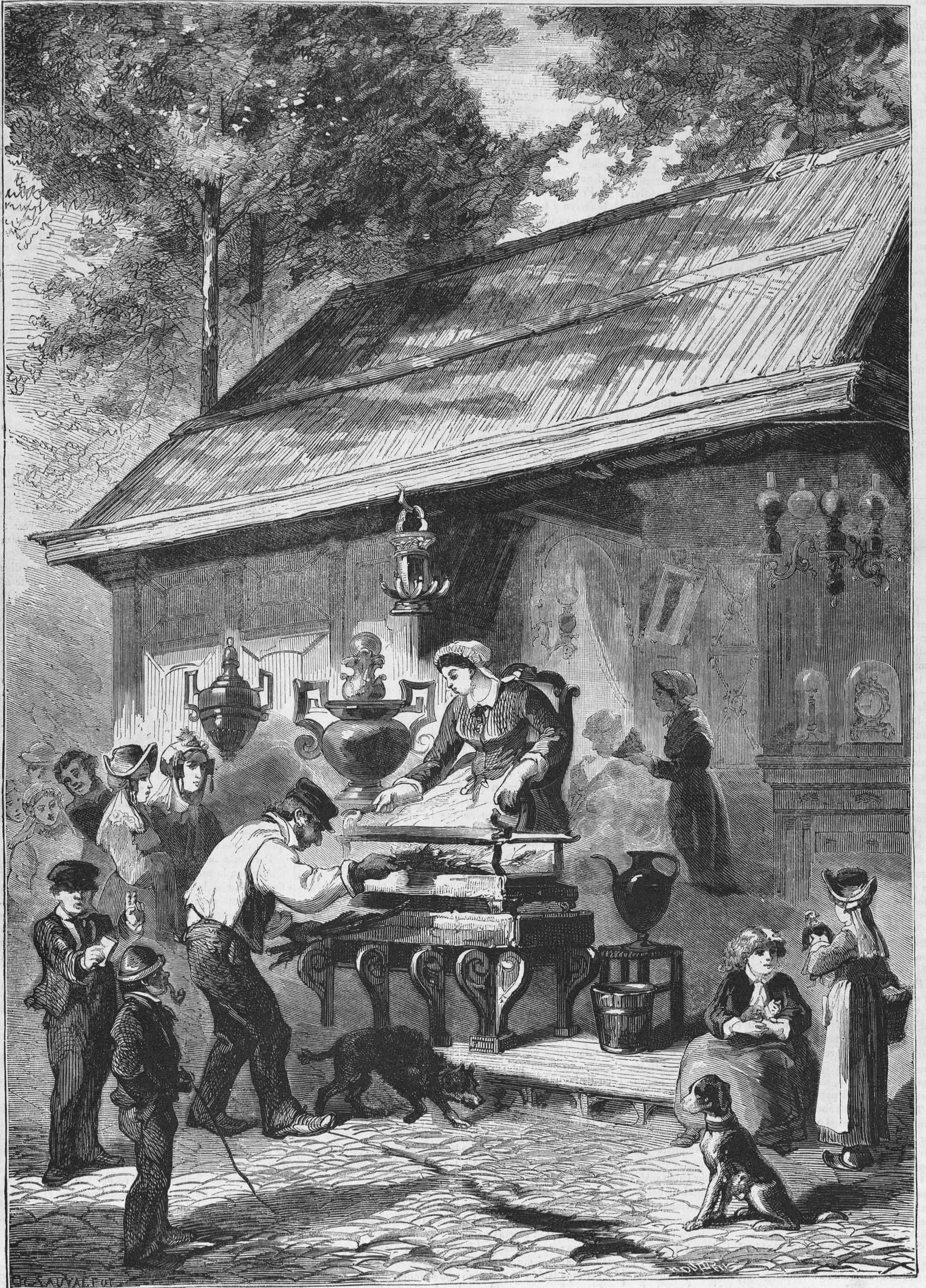
Habló, por último, un hombre á quien todos aplaudían, y aunque hablaba con una incorrección casi bárbara, y una tosquedad casi brusca, no suavizada por algun rasgo profundo de ilustración ó de superior entendimiento, yo me explicaba aquellos aplausos sin violencia alguna, porque aquel apóstol de la democracia hablaba mucho de moralidad; y si de un lado el verdadero demócrata habla como habla el pueblo, con sencillez, sin pretensiones, con incorrección, mal en una palabra, de otro la virtud irreprochable y la moralidad austera del varon romano, no se conciben sin la ruda aspereza de sus formas, casi frontierizas á la nula educación, fuera de que los adornos y los afeites de la elocuencia, para los que no los tienen, ó son afección del carácter ó atavios del vicio para enganar y atraerse á la multitud. Prescindiendo de mi amor al arte, porque confieso mi debilidad, yo amo, yo amo también, como decía Donoso, á esa sublime pecadora que se llama palabra humana, oía con reo-

gimiento la áspera y ruda voz de aquel apóstol, que así azotaba la corrupción de nuestros contemporáneos, y estaba á punto de seguir tras él como el pueblo de Judea tras del Salvador, despues de oír el sermón de la montaña, cuando el Mefistófeles de mi vecino me sacó de mi abstracción y se encargó de arrancar una á una todas mis ilusiones. ¡Oh! ¡Qué revelaciones me hizo á propósito de aquel que yo tomaba por apóstol de verdad y redentor de la patria! Ese, ese que usted oye, me decía el maldiciente, habla aquí con voz tan recia y campanuda, porque no tiene á nadie enfrente, que si encontrase contradictores, ya hablaría con tono mas humilde, si no procuraba desarmar su cólera y mover á lástima con un desmayo ó con un histérico propio de mujer nerviosa, abustadiza ó embarazada, que es lo que se esconde debajo de esa energía varonil, de esa cavidad torácica tan amplia y de esa voz de estentor con que asusta á los miedosos y arrebatada á las cabezas redondas de su partido. El histrion dice que ama la moralidad y yo no lo pongo en duda, pero le ocurre lo que á esos amantes que están perdidos de amor por una hermosura y nunca se atreven á aproximarse á ella. ¡El hombre moral! ¡El Catón del siglo! ¡El anacoreta en la política! Añadía con estridente é irónica sonrisa el bueno de mi maldiciente. ¡Pues bien ha entrado y salido clandestinamente de muchas sociedades de crédito, que le han producido pingües honorarios á costa de la ruina de los socios! ¡Pues bien ha sabido prosperar y subir al límite de sus carreras á todos sus parientes eclesiásticos, militares ó civiles, sin que haya sido obstáculo la ineptitud del uno, la oscuridad del otro y hasta los antecedentes reaccionarios ó la dudosa pureza de alguno! ¡Pues bien ha sabido valerse de su posición política para diferir el pago un año y otro año de las contribuciones que le correspondían por sus dehesas! ¡Pues bien ha sabido jugar á la Bolsa por medio de deudos cercanos, que reciben diariamente sus inspiraciones y mentir cínicamente y á sabiendas, y desde lo alto de la tribuna para influir en sus transacciones!

— Por Dios vivo, continuaba diciendo mi vecino con vehemencia cada vez mayor, atreviéndose ya hasta á parodiar la grandilocuencia de Victor Hugo, por Dios vivo que, cuando el genio de España, melancólico y desesperado delante de tantos abismos, demanda socorro á lo desconocido, cuando pide el Necker que salve nuestra Hacienda, el Demóstenes que reclama nuestra Asamblea, el Aristides que necesita nuestra magistratura, el Scipion que liberte nuestras colonias, el Cristo que regenere nuestra sociedad; cuando se inclina en la sombra y suplica á los cielos que le envíe la verdad, la sabiduría, la luz, el consejo, la ciencia, el genio; cuando evoca en su pensamiento el *Deus ex machina*, el piloto supremo de los grandes naufragios, el médico de tanta dolencia, el arcángel de las naciones en ruina, el Salvador, en una palabra, y ve uno aparecer en escena este juglar de encrucijada, que es la negación audaz del talento, de la ilustración, del carácter, del patriotismo, de la virtud, de todas las cualidades que son el pedestal de los grandes hombres, y sin mas mérito, si este mérito es, que la astucia de un prestidigitador de juegos infantiles ó de un escamoteador de plaza pública, por Dios vivo que, al poner frente á frente la grandeza infinitamente grande del abismo á que todos caminamos, y la pequeñez infinitamente pequeña del Salvador que nos ha de redimir, hay que morirse de desesperación y de tristeza, no renegando de la patria, sino haciendo lo que aquel soldado en Waterloo, que herido y desangrándose, se incorporó todavía para defenderla, bien que al ver la nube de enemigos que se aproximaban, se dejó caer otra vez en el suelo murmurando: ¡son tantos!

No pude continuar en el meeting. Mi vecino me atormentaba con su acerba mordacidad, con sus sangrientos epigramas, con sus atroces calumnias. Porque ora me hablaba de un general, cuyas canas respetaba yo y que en concepto de mi maldiciente le habían nacido en las antecámaras de los palacios y fusilando liberales de todos los matices; ya de caballeros de industria que hacia poco eran escribientes en las oficinas de la reacción y ahora ostentaban trenes de príncipes; bien de títulos de Castilla que acababan de ser tenderos de ultramarinos ó capataces de minas. Abandoné pues aquella reunion sin conseguir descargar la nube de mi mal humor, y abrumado por las revelaciones de mi vecino, me fui murmurando: ¡Oh pueblo, pueblo, niño grande, eternamente niño y eternamente grande! ¿Cuándo conocerás que no son los que mas te quieren aquellos que mas te adulan? ¿Cuándo comprenderás que hay hombres con palabra, con pluma y con una vida sin mancha para intervenir con brillantez y con éxito en los debates viriles de un pueblo libre, que si no te hablan tanto de tus derechos es porque son honrados ante todo y no quieren parecerse á los ladrones que al asaltar una casa empiezan por arrojar un pedazo de pan al perro que la guarda?

Llegaba á la fuente de Cibeles embobado en estas reflexiones, cuando el ruido y la zambra de los mil carruajes que cruzaban la calle de Alcalá me advirtió que era día de toros, y decidido como estaba á no privarme en aquel día de ninguna de las distracciones que encuentran las demás gentes, me confundí con la alegre y bulliciosa caravana que á modo de río que



COSTUMBRES HOLANDESAS. — La kermesse en Harlem. — La buñolera.

será dueño de su porvenir. Ved aquí el principio de las relaciones amorosas.

Los que no buscan amores tienen otras diversiones diferentes. Muchos de ellos se muestran alegres y satisfechos delante de un vaso de cerveza que se rebosa, adornado con una corona de blanca espuma, ó bien ante esa hada que figura el grabado, sentada en su gran sillón de caoba. A su alrededor todo está limpio y reluciente. En su mano ostenta, á guisa de cetro ó de varilla mágica, una cuchara. Es la buñolera en el ejercicio de sus funciones.

Examinemos ese aparato.

Compónese de tres mesas; la primera, que está sostenida sobre piés adornados con chapas de cobre, sirve para sostener las otras dos; la segunda, con piés cortos, está destinada al fuego que ha de calentar la tercera; la última, cubierta de plomo, está sostenida por piés de hierro, y su parte superior se halla dividida en pequeñas cavidades. Esta es la parte principal del aparato. La buñolera se halla detrás, como si estuviera sentada en un trono, teniendo á su alcance un vaso de cobre que por su brillo parece de oro. De vez en cuando mete la cuchara en este recipiente y saca de él la masa con que llena las pequeñas cavidades de la tercera mesa. La última operación es fácil de adivinar.

Los buñuelos no hacen más que aparecer y desaparecer, porque no faltan aficionados alrededor de la vendedora, ó dentro de la tiendecilla que forma parte de sus dominios.

Estos establecimientos ambulantes son uno de los encantos de los holandeses en sus fiestas patronales, y naturalmente de los de Harlem. Por esto se les encuentra en los sitios más públicos, produciendo el mejor efecto en aquellas largas calles tan ventiladas y plantadas de árboles; y es de temer que no invadan también hasta el Harlem-merhout, el bosque de Boulogne neerlandés, en donde se encuentra el magnífico castillo de Welgelegen... C. P.

### Revista de Paris.

La temporada de invierno toca á su fin, y los teatros parisienses se apresuran á poner en escena las últimas provisiones literarias que tenían hechas para aprovechar estos meses tan fructuosos, y con cuyo producto muchas empresas sobrellevan la carga todo el año. Efectivamente, á la entrada de la primavera comienza á pasar el furor de frecuentar los teatros, que en el estío se abandonan completamente á los forasteros.

Bajo este concepto, hemos tenido estas noches varias funciones nuevas.

La primera de ellas es un drama en cinco actos y seis cuadros, de M. Touroude, titulado *el Cobarde*, representado en el Ambigu, y que ha llamado mucho la atención, porque en él hacia de protagonista uno de esos actores que puede decirse con toda verdad, no pertenecen ya á la generación artística presente, M. Frederik-Lemaitre.

¡Qué de recuerdos despierta este nombre!

Muchas de las piezas célebres del repertorio que se llamó romántico, le han tenido por intérprete; y aun en aquella legión de grandes actores que hubo en Francia en el período de 1830, Frederik-Lemaitre descollaba como una notabilidad privilegiada, por su espontaneidad en los juegos escénicos.

No cabe duda que merece su gran fama, á pesar de sus detractores, pues los tuvo y muy encarnizados, como los tiene por lo común todo el que brilla á alturas inaccesibles.

El actor francés, generalmente hablando, es notable por el arte con que sabe disimular el estudio y el esfuerzo.

Ahora bien, en Frederik-Lemaitre no hay, digámoslo así, preparación alguna; y de aquí resulta que en tanto que los demás actores repiten mecánicamente todas las noches su papel aprendido á fuerza de tareas y desvelos, Frederik nunca es igual á sí mismo, porque se inspira siempre en el acto, á la vista del público, como si improvisara cada vez el papel que ejecuta.

Todos los que saben la historia del teatro parisiense conocen aquel rasgo verdaderamente de genio á cuyo favor salió una noche de una situación embarazosa, y á la par que salvó un drama que peligraba, se conquistó una reputación que desde entonces fué en aumento.

Las magníficas y aplaudidas obras de Victor Hugo y Alejandro Dumas habían dado un golpe terrible al melodrama, género bastardo, por lo común, sin condiciones literarias, como todo lo que se dirige exclusivamente á la muchedumbre.

Sin embargo, todavía no se había dado la señal que debía acabar con el melodrama, y este seguía triunfante en ciertos teatros y como disputando la palma de la victoria á las nuevas producciones, que tanto debían elevar la literatura dramática de la Francia,

La ocasión se presentó con *Robert Macaire*, donde rivalizaban lo grotesco y lo horrible del modo más extraordinario.

A las primeras escenas comenzó ya el público á impacientarse.

En vano los actores hacían esfuerzos sobrenaturales para impedir el naufragio: el buque zozobraba, y se conocía que toda la habilidad de los pilotos no podría salvarle de su infausta suerte.

Frederik-Lemaitre se hallaba en escena á punto que la tormenta tomaba proporciones alarmantes; cuando de repente se le ocurre un medio de conjurar el peligro.

Era una situación violenta, exagerada, absurda, que no podía menos de provocar, en vez del terror que solicitaba el autor, una inmensa carcajada.

Frederik-Lemaitre, sin transición alguna, deja la entonación y la actitud del trágico, y se adelanta á aquella explosión inminente, dando en las tablas la señal de la alegría.

El efecto que produjo no puede pintarse.

La pieza, en vez de fracasar, tuvo un éxito asombroso, y ha sido hasta el día la principal de su repertorio.

Más de una vez le hemos visto en tan insigne obra, y debemos decir que la impresión que causa es muy variada. Ha hecho del melodrama en cuestión una especie de tragi-comedia, con la cual comunica al espectador las sensaciones más encontradas.

Así sucede que el nombre del autor está olvidado, en tanto que el de Frederik vive adherido eternamente al tipo horrible y grotesco de *Robert Macaire*.

Frederik-Lemaitre no se presenta ya en escena desde hace muchos años, al menos de un modo regular, ajustado en una compañía cualquiera.

La vejez le ha excluido del trabajo normal, y á duras penas puede con el trabajo intermitente.

Sin embargo, cada vez que se lee su nombre en los carteles, el mundo literario y artístico acude como á una fiesta.

Así ha sucedido con la representación del *Cobarde*.

Digamos lo que es el drama.

Comienza por una historia de amores á guisa de prólogo.

El baron de Saint-Harem se enamoró en sus mocedades de una mujer casada, muy virtuosa, que respondió á su amor con un odio inveterado.

Nada puede vencer este aborrecimiento, y cuando Saint-Harem se persuade de ello pone en juego una infame venganza; calumnia á la mujer virtuosa, diciendo á su marido que mantiene relaciones con Mauclère, amigo íntimo de la casa.

El esposo ultrajado vuelve por su honra desafiando á Mauclère, se batan, el primero queda herido mortalmente, y antes de espirar revela á su adversario el nombre del que acaba de ponerles frente á frente.

La ira de Mauclère no conoce límites.

Seguidamente busca al baron de Saint-Harem, le insulta de palabra y de hecho; pero todo en vano.

El calumniador es un cobarde que lo sufre todo antes que dar la satisfacción que Mauclère le exige imperiosamente.

Sin embargo, preciso es que la ofensa no quede impune.

Mauclère pide al calumniador un papel escrito de su puño y letra y firmado, confesándose autor del crimen en los términos más degradantes.

Saint-Harem escribe y firma, sin que el decoro haga temblar su mano.

La viuda sobrevive poco tiempo á su marido, á quien amaba entrañablemente, y deja un huérfano de menor edad y sin fortuna, llamado Roger, que recoge Mauclère como un hijo adoptivo.

Aquí concluye el prólogo.

Al empezar la acción, Roger es un joven de una educación brillante, muy querido de Mauclère, que se ha consagrado á su educación con todo el celo y el cariño de un verdadero padre.

Entre tanto el baron de Saint-Harem se ha consagrado igualmente á hacer un hombre de su hijo Gaston, que, al contrario de su padre, se muestra susceptible y delicado cual ninguno en cuestiones de honra.

Verdad es que el padre fortifica y desarrolla en él estas inclinaciones, como si el valor y la entereza que descubre en el joven Gaston debieran atenuar su cobardía tan bien acreditada.

Le da maestros de armas, le hace que se ejercite constantemente, y Gaston llega á los veinte años con fama de tirador de primer orden.

Llegamos al drama.

Roger y Gaston están enamorados de Adriana, hija de un honrado rentista, que la tiene preparado un dote muy apetecible para ciertos galanes.

Adriana se decide por Roger; pero Gaston no se da por vencido ni mucho menos.

Un espadachín como él no cede fácilmente.

Sin embargo, antes de apelar á este medio pone otros en acción que le parecen todavía más eficaces.

— No tenéis nada, le dice, y Adriana lleva dote; y si contáis con el dinero de vuestro tutor, cometereis una infamia.

— ¡Una infamia! repite Roger en el colmo del asombro; y ¿por qué?

— Porque Mauclère ha asesinado á vuestro padre.

¡Horrible, espantosa revelación!

Roger pide explicaciones á Mauclère, quien le refiere la dolorosa historia de la muerte de su amigo.

— Pero ¿y mi madre?

— Tu madre era una santa, dice Mauclère sollozando; y yo he sido su amigo más sincero... puedes aborrecerme porque di muerte á tu padre; pero en cuanto á tu madre, te lo repito, era una santa.

Roger llora de conmoción y de arrepentimiento, porque un instante ha dudado de su bienhechor, á quien debe tanto; más luego se repona, abraza á su tutor, y jura que sus enemigos sentirán los efectos de su justa ira.

— ¿Qué dices, Roger? ¿No sabes la superioridad de Gaston en el manejo de las armas? Tú, en toda tu vida has tenido un florete en la mano.

— Dios estará conmigo para castigar de una vez tantas perfidias.

Mauclère cree tener en su poder el modo de evitar una catástrofe.

Pide una entrevista al baron, y le exige que su hijo renuncie al proyectado duelo, pues de otro modo publicará el escrito donde consta su infamia, y sabrá Gaston qué padre tan despreciable y tan infame le ha cabido en suerte.

Nada puede dar idea del espanto que siente el baron ante semejante amenaza.

Así sucede que promete impedir el desafío.

Y con efecto, lo intenta; pero inútilmente.

Gaston, celoso de su honra, declara que se batirá, y extraña que su padre, que le ha imbuido las ideas que le dominan, le suplique ahora que se porte como un cobarde.

¡Como un cobarde!

Al oír esta palabra el baron retrocede de horror: cree que su hijo le conoce y le echa en cara la flaqueza que le hace amarga la vida.

Y sin embargo, no le queda más recurso para disuadir á su hijo que el de contarle su historia, que viene á corroborar aquella calificación insostenible.

Gaston pasa al oírle por todos los grados de la desesperación, hasta que se queda anonadado.

No puede hacerse á la idea de que tiene en su familia una mancha infamante.

Un crimen y una cobardía, es demasiado.

Pero su anciano padre ruega y solloza, y por fin debe ceder, debe prometer que no se batirá con su rival, aunque luego se olvide de su promesa.

Efectivamente, el desafío tiene efecto, y constituye el desenlace del drama.

Antes hay una escena que el público recibió con desagradado.

Adriana se presenta á Gaston y le pide también que renuncie al duelo; pero los motivos en que funda su súplica exasperan más y más al amante desgraciado.

Le dice que ama á Roger con delirio, y Gaston, en un arrebato de ira, intenta una violencia contra la mujer á quien él ama también locamente.

Pero esta intención dura un instante.

Adriana le manda imperiosamente que abra la puerta, Gaston fascinado obedece y la joven sale del aposento arrojando una mirada de desden sobre aquel miserable.

No extrañemos tales episodios en estas obras melodramáticas. Es preciso que en ellas los tipos infames acumulen infamias y perversidades, así como los modelos de virtud se elevan también desmesuradamente en sentido contrario.

La exageración es una regla fija en esta clase de dramas.

Llegamos al cuadro final y nos encontramos en un bosque de las inmediaciones de París donde se va á efectuar el desafío.

Hé aquí el instante en que Gaston y Roger cruzan los aceros.

Sin embargo, antes de empezar el combate, Roger se acerca á Gaston y le entrega el papel firmado por el baron de Saint-Harem. ¡Suprema venganza, en aquella hora decisiva que Roger cree será la última para él!

Pero justamente el terrible papel, padrón de infamia de su padre, desconcierta al espadachín y Roger le hiere de muerte.

El baron de Saint-Harem recoge su último aliento y acompaña con imprecaciones desesperadas el desenlace.

La falta capital de esta obra consiste en que su interés es escaso. Las escenas son lánguidas, las peripecias están mal preparadas, los sucesos se adivinan y los que sobrevienen de improviso son violentos, inverosímiles, injustificados.

Solo una situación es verdaderamente notable, la escena en que el baron de Saint-Harem descubre á su hijo su ignominia,

Aquí Frederik-Lemaitre hace un esfuerzo sobrehumano, pues con gran sentimiento debemos confesar que sus facultades artísticas se hallan agotadas. Sin embargo, aun tiene destellos incomparables.

Taillade hace el ingrato papel de Gaston con gran talento, así como Raynald consigue aplausos merecidos en el de Roger, y madama Beugard en el de Adriana.

Llegamos al fin de esta revista y nos falta hablar de otras novedades.

Dejaremos pues, los teatros líricos para la próxima semana y concluiremos hoy con dos palabras acerca de un nuevo espectáculo de gran aparato que se da con gran éxito Château-d'Eau, y que se titula, las *Manzanas de oro*.

El argumento es el mismo de todas las piezas de magia: la lucha de los genios buenos y malos.

No obstante, en las *Manzanas de oro* hay escenas divertidas, independientemente de la maquinaria decorativa, y hay un baile muy original llamado de los Juegos, en el que aparecen singulares combinaciones de naipes, dominós, ajedrez, etc.: es un precioso cuadro. Las decoraciones, asombrosas muchas de ellas y todas ellas dignas de verse y admirarse.

MARIANO URRABIETA.

## ROMANCES AMERICANOS,

POR

**Cárlos Walker Martínez.**

### POETA Y SOLDADO.

¡Oh, no digais que el poeta  
Es un proscrito en la vida  
Con un volcan en el alma  
Y un cielo en la fantasía!

No es su destino en la tierra  
Solo arrancar de su lira  
Melodiosas vibraciones,  
Dulcísimas armonías.

¡Su mision es mas hermosa!...  
Y el vate que así la estima  
Mas alto tiende su vuelo,  
Mas alto los ojos fija.

Templar el alma en el bien,  
Buscar la fe que ilumina,  
Y alzar á la humanidad  
A la verdad infinita...

¡Tal es su mision! Dejadle,  
Si el entusiasmo le inspira,  
Obedecer al impulso  
De su alma ardiente y bendita.

Dadle campo á su altivez,  
Templad su doble energía,  
Y de laureles gloriosos  
Ceñirá su frente invicta.

Y no digais que el poeta  
Es un proscrito en la vida  
Sin otra ambicion que el triunfo  
Efímero de su lira.

De brazo esforzado y noble,  
De alma generosa y digna,  
Caballero y trovador  
Fué don Alonso de Ercilla.

Nunca desnudó su acero  
Sin razon y sin justicia,  
Y jamás volvió la espalda  
A las armas enemigas.

Y, como en blandir la espada,  
Diestro en manejar la lira,  
Cantó en deliciosos versos  
Los hechos de la conquista,

Versos escritos á veces  
Sobre el arzon de la silla,  
Muchas veces en los troncos  
De aquellas selvas antiguas.

En las veladas nocturnas  
En octavas peregrinas  
Consignaba las hazañas  
Que presenciara en el día.

Y de estos fragmentos frágiles  
Y de esas hojas perdidas  
Nació la hermosa « Araucana »  
Que hoy es honra de Castilla.

Hé aquí una hoja arrancada  
A esas páginas bellísimas,  
Que, en homenaje al poeta,  
Yo he consignado en las mias.

« Permittedme, » así una tarde  
Del mar del Sur en la orilla  
Hablabá el gentil poeta  
Al capitán don García.

« Permittedme, capitán,  
Lanzarme al mar, y á esas islas  
Lejanas que nuestros ojos  
Al horizonte divisan,

» Llevar y clavar en ella  
La bandera de Castilla,  
Que en la tierra y en los mares  
Sobre dos mundos domina.

» Yo seré el primer cristiano  
Que llegue á esa opuesta orilla,  
Cruzando, el primero, el golfo  
De esta mar desconocida. »

« Id, le respondió el caudillo,  
Donde el honor os convida:  
Y Dios premie vuestro aliento,  
Y vuestro esfuerzo dirija. »

La tarde estaba serena,  
Las leves ondas gemían  
Muriendo sobre una playa  
De arena menuda y fina:

Allá en la distancia, lejos,  
Como gaviotas tranquilas  
Sobre un lago trasparente  
Que trémulas auras rizan,

Cruzaban el manso golfo  
En direcciones distintas  
Algunas leves piraguas  
De aquellos pobres indígenas,

Y se perdían á veces  
Entre las pequeñas islas  
Y aparecían de nuevo,  
Y de nuevo se perdían.

Entre tanto, poco á poco,  
Iban las luces del día  
Apagándose, y la noche  
Cubriendo la inmensa cima

De las lejanas montañas;  
Una pálida neblina  
Se levantaba del mar:  
Algunas nubes perdidas

Doradas por los postreros  
Rayos del sol, se extendían  
Sobre el bruñido horizonte  
De las ondas cristalinas.

Era un panorama hermoso  
Aquel... Una mar tranquila,  
Una tierra agreste y triste  
Del todo desconocida,

Una soledad profunda  
Llena de melancolía,  
Y un puñado de valientes  
En tan apartada orilla...

Y, sobre todo, diez hombres  
Solos, sin norte, ni guía,  
Sobre una débil canoa  
Yendo á una nueva conquista...

Honor al noble poeta  
Que aquella tarde seguía  
La inspiracion generosa  
De su ardiente fantasía...

Cumplió su deber con honra,  
Y clavó con mano altiva  
En las islas de Chiloé  
La bandera de Castilla.

En la mañana siguiente  
Los españoles escrita  
En la corteza de un árbol,  
Aquesta estrofa leían:

« Aquí llegó donde otro no ha llegado  
Don Alonso de Ercilla, que el primero  
En un pequeño barco desastrado  
Con solo diez, pasó el desaguadero.  
El año cincuenta y ocho entrado  
Sobre mil y quinientos por febrero,  
A las dos de la tarde el postrer día  
Volviendo á la dejada compañía (1). »

Volvió, en efecto, el poeta  
Bien pronto á su compañía,  
A ser objeto de celos,  
De emulacion y de envidia.

Porque está escrito: las almas  
Superiores son las víctimas  
De las intrigas cobardes,  
De las pasiones mezquinas...

Pero, esas bajas miserias  
No alcanzan nunca al que fija  
Los ojos en sol mas alto  
Y el vuelo tiende hácia arriba.

## Bellas Artes.

### LAS OBRAS DEL PINTOR FRANCÉS ANASTASI.

Anastasi es un artista que excita en Paris un doble interés, primero por su talento y despues por su desgracia.

En la flor de su edad se ha quedado ciego, ciego enteramente.

Ahora bien, á pesar de su firmeza en su cruel infortunio, uno de los mas crueles obstáculos contra los cuales viene á quebrantarse á cada momento su voluntad, es la proximidad de todos esos lienzos, producto de treinta años de trabajos y de esfuerzos, siente respirar en cierto modo en su derredor esos mudos testigos de su existencia artística, y cada vez que con paso vacilante pasa de un cuarto á otro, su mano que se apoya en las paredes tropieza con alguno de esos recuerdos de un pasado perdido para siempre.

Sus amigos le han decidido por fin á que se separe de esa fuente constante de un dolor que no tiene remedio; y todas esas obras, de las cuales las principales se ven agrupadas en nuestra lámina, se venderán próximamente.

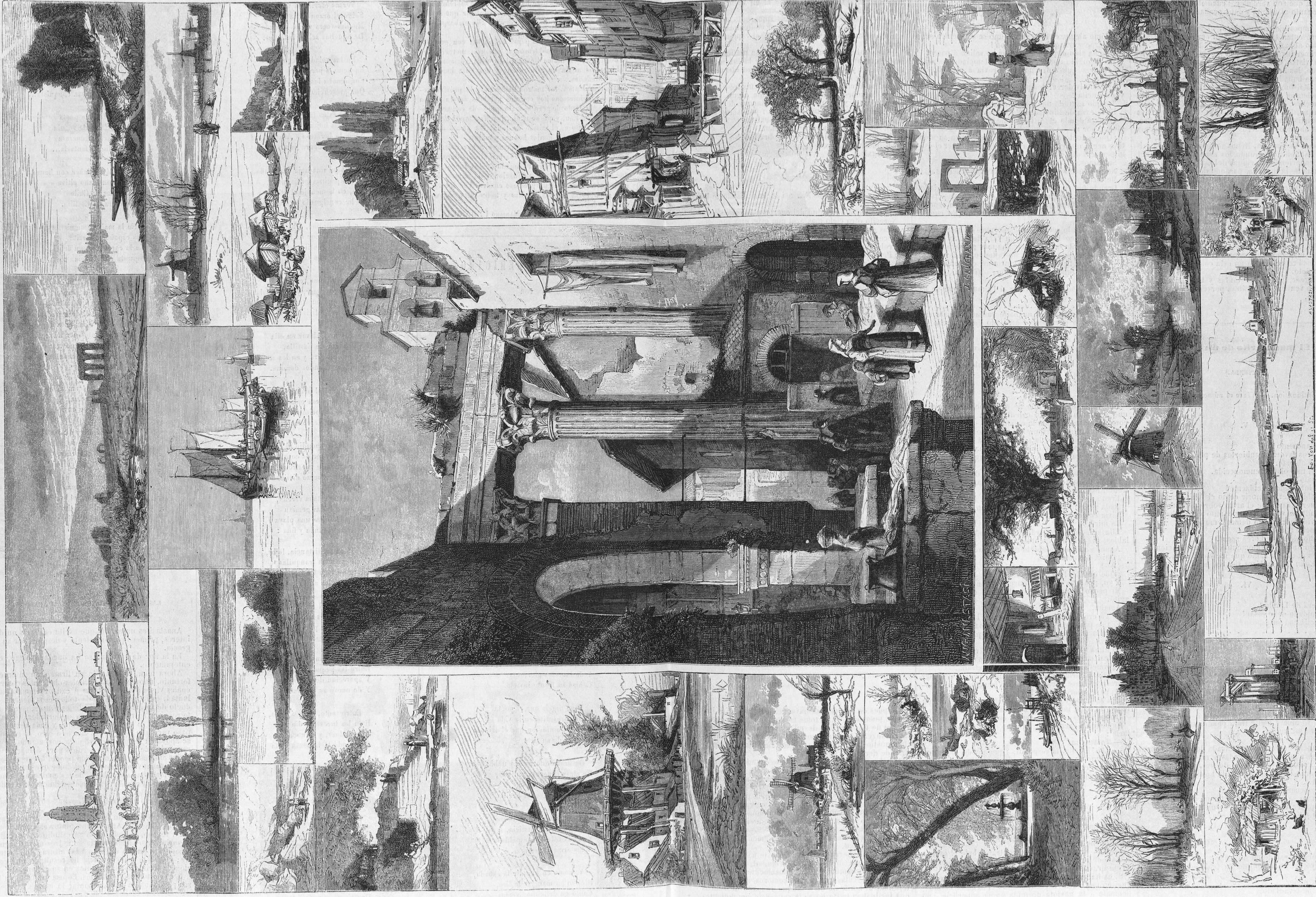
Su número asciende á 687, y hay entre ellas series admirables.

Citaremos solo un ejemplo de esa conciencia artística, que hace de Anastasi un pintor especial.

Un verano, cuando tenia su estudio en la calle de Navarin, tuvo la constancia de ir tres meses seguidos á copiar la puesta del sol en las alturas de Montmartre; y de esta perseverancia ha resultado una colección de treinta bocetos, única en su género.

Pero no todo son estudios. En esa multitud de lienzos pequeños se pueden contar lo menos trescientos

(1) *Araucana*, Canto XXXVI,



Es. New York, 1850.  
BELLAS ARTES. — Las obras del pintor francés Anastasi.

cincuenta que son verdaderos cuadritos, muy completos en cuanto al asunto y muy acabados en la ejecución.

Sería imposible dar una idea, ni muy ligera, de lo que representan tantas obras; sin embargo, señalaremos como al azar las composiciones más notables.

En primer lugar se destacan las cercanías de París, con sus vistas encantadoras, las risueñas márgenes del Marne, los bosques de La Celle y de Chantilly, las orillas tan bañadas de sol del Sena, Croissy, Bougival, Chatou, Maisons-Laffite, la selva de Fontainebleau con sus densas sombras, sus frescas mañanas y sus claras noches; luego, la Normandía, Etretat, Villequier y su parque, la costa y sus aldeas; luego los prados del Nivernais, las granjas del Berry; las rocas de Bretaña, los abruptos senderos del Pont-Aven, las laderas de Douarnenez.

Salgamos de Francia. Hémos aquí trasportados á orillas del Danubio, admirando los aspectos salvajes del Tirol, reconociendo las ruinas del Coliseo al través de las brumas de la mañana, pasando de los terrados del convento de Tivoli al Foro de Pompeya, de las villas italianas á las calles de Herculano, de las fuentes de la campiña romana á las olas azules del golfo de Nápoles.

¿Y qué diremos de Holanda, por cuyo país tenía Anastasi una especie de predilección particular?

El Escalda surcado de barcos, las poéticas inmediaciones de Harlem, el Mosa, tan magnífico enfrente de Dordrecht, Amsterdam y sus diques, las aldeas, las nieves del invierno, la verdura de la primavera. La Holanda está representada en esta colección del modo más completo.

Es de creer, pues, que tantas y tan bellas obras puestas en venta asegurarán el porvenir del pobre artista ciego. J. C.

### El manuscrito de un loco.

(LEYENDA.)

(Continuación. — Véase el número 1,052).

#### V.

¡Pobre aposento!  
¡Mis libros favoritos cubiertos de polvo!  
El piano abierto.  
Sobre él una pistola enmohecida.  
¡Insensato!  
¡Había intentado suicidarme!  
Pero había querido morir como el fénix, cantando.  
Sí, recuerdo que dejé el arma sobre el piano y canté por la última vez el aria que tanto le gustaba á ella.  
La Providencia hizo lo demás: me salvó.  
¡Qué noche aquella!  
En la alfombra hay flores secas.  
Recuerdo que en un momento de desesperación hice pedazos el último ramo que me había dado.  
¡Ah! ¡Cuán feliz hubiera sido con ella!

#### VI.

¿Qué será de Lucila?  
¿Qué mudada debe estar!  
¿Será feliz con su esposo?  
.....  
Ella no me conocería.  
Estoy flaco.  
El color pálido.  
Y mis ojos rodeados de una esfera azulada.  
He encanecido.  
Dentro de poco tiempo, estaré viejo.  
Y en pos de la vejez vendrá la muerte.  
La muerte que siempre ha permanecido sorda á mis clamores.  
Cuando yo muera nadie irá á poner una corona de flores sobre mi tumba.  
¡Nadie!  
Lucila apenas arrojará una mirada desdeñosa sobre la fría piedra que cubre un cadáver más frío aun.  
Y quizá conoceré en el ruido de sus ligeras pisadas que resonarán lúgubremente en la bóveda, y aquí, en el corazón...  
Me estremeceré.  
No; ella no se atreverá á insultar mi dolor.  
Me compadecerá, porque ella es un ángel.  
¡Y cuán feliz hubiera sido con ella!

#### VII.

Dos meses he estado en mi lecho.  
El médico me ha dicho que he tenido calentura al cerebro.  
Ya estoy mejor.  
Hoy me he levantado.  
Dentro de ocho días podré salir.

#### VIII.

¡Cómo alegra el sol cuando uno se encuentra sano de cuerpo y tranquilo de corazón!

Hoy ha sido el primer día que he salido á paseo.  
He recorrido uno á uno y he contemplado despacio los lugares que antes no me atrevía á recordar siquiera.

¿Cómo olvidar el templo donde ví por la primera vez á Lucila?

Templo sagrado una y mil veces para mí.

Es la casa de Dios sobre la tierra.

La casa donde el Altísimo me mostró un rayo de gloria, por medio de una de sus criaturas.

¡Qué seductora se presentó á mis ojos con su mantilla negra que envolvía su cuerpo y dejaba ver el óvalo perfecto de su rostro.

Salgamos.

No profanemos el templo con torpes recuerdos.

Me dirigi á casa de un amigo.

Grande fué su admiración al verme tan cambiado.

— Y Lucila, pregunté, ¿qué es de ella?

— No sé; luego que se casó partió con su esposo.

— ¡Muy feliz debe ser ese hombre!... ¡En cuanto á ella!...

— También lo será. Un mes despues de casada asistió al magnífico baile dado en casa de M... y te aseguro que Lucila era la muchacha más provocadora de la reunión; desde entonces no la he vuelto á ver.

— ¡No está! ¡se ha ido! murmuré con amargura.

— Vamos, Julian, no seas niño; olvida tus desgraciados amores.

— ¿Acaso se puede olvidar á la mujer que se ha querido?...

.....  
Ella había asistido á un baile radiante de alegría.  
Mientras yo permanecía arrojado en un lecho de dolor.

Mientras yo suspiraba y lloraba.

¡Ella se embriagaba en voluptuosos walses!

Así marcha el mundo, lector.

Tomad experiencia á costa de un pobre loco.

#### IX.

Una noche de luna, una de esas noches tranquilas que refrescan la frente calenturienta y consuelan el corazón, paseábase en la cañada.

Todo parecía contribuir á los encantos de esa noche.  
En ese lugar ví por la segunda vez á Lucila.

La ví más pura que el rocío de la mañana.

Un ligero carmin, proveniente de la agitación del paseo, tenía sus mejillas.

Estaba hermosa como las vírgenes de mis sueños.  
Su pelo dorado y caído en dos bandas sobre su frente, le daba un aspecto seductor.

Eran sus ojos puros como su pecho.

Nada parecía haberla conmovido aun.

Vivia como deben vivir los ángeles.

La miré.

Ella se sonrió, mostrándome á medias, entre sus labios, sus nevados dientes.

Aquella sonrisa completó mi felicidad.

¿Quizá me amaba?

.....  
¡No!

¡Qué un ángel no puede amar!

Y yo, ¡cuánto desde entonces la amé!...

Mi pecho tranquilo como el sueño de un niño, se agitó.

Amaba.

— Tú eres mi primer amor, Lucila, la dije un día.

Ella se puso encendida como la grana.

Aquella frase había sonado por la primera vez en su oído.

Su alma cándida como las flores del campo, no había alcanzado á comprenderla; pero su corazón por la vez primera, palpó de una manera extraña.

— ¡Cuán hermosa estás así, Lucila! ¿quién es capaz de resistir á ese encanto con que la naturaleza te dotó? ¡Yo te adoro, Lucila!

Ella se turbó y sus labios húmedos y rojos como un botón de rosa, intentaron murmurar una frase.

Las palabras: *Te amo* espiró en ellos.

En seguida sacando de su seno una marchita trinitaria:

— Tomad, me dijo.

— ¡Ah! Lucila, la respondí, ¿qué puedo darte yo? Nada digno de tí tengo, solo el eterno amor que has encendido en mi pecho.

Ella suspiró y turbada bajó la vista.

#### X.

Hasta muy avanzada la noche permanecí sentado en un banco, alimentado de las ilusiones que esa tranquila noche me brindara.

¿No os agrada, lector, encontraros bajo el oscuro ramaje de una acacia que parece quereros cobijar con su desordenada melena, en una noche de luna?

Si os habeis encontrado en la cubierta de un buque, en una noche serena, cuando el agua mece muellemente á la gaviota dormida en la superficie, ¿no habeis elevado un himno de amor á la luna que veis

reflejada en el mar, haciendo de él un vasto lago de líquida plata?

¿Y cuántas veces no os habeis sumergido en reflexiones, ora tristes, ora alegres al contemplarla surcar el espacio ó al verla rielar en el espejo de una fuente?

¿Si os habeis encontrado en amorosa plática con la mujer que amais, bañados ambos por la luz incierta del satélite, y jurándoos amor y felicidad eterna, podreis olvidar este cuadro?

¡Oh, antorcha de la noche! si eres madre como la tierra, si sobre tu superficie estampa algún ser su breve planta, y alguno al contemplarnos desde allá nos cree felices, desengañale, dile: son seres como vosotros; feliz el que ha dejado de existir.

¡Después de la muerte la felicidad!

¡Perdonad los delirios de un pobre loco!

Abandonad el libro.

No sigais.

#### XI.

Mañana me parto de N... así lo han dispuesto los médicos.

Así conviene á la salud del cuerpo y del alma.

Necesito otro cielo más azul que este, otra atmósfera más pura.

Necesito olvidar la patria de mis padres y la mía.  
Probaremos.

¿Pero qué me detiene? ¿Por qué experimento cierto sentimiento que no sé definir, al dejar quizá para siempre, las riberas de mi patria?

¿Por ventura la patria del hombre no es el mundo entero?

¿Acaso Dios le dijo: habita este pedazo de tierra, vive en ella y solo ella será tu patria?

No; Dios creó un mundo, dotó á ese mundo de todo cuanto el hombre puede apetecer, y le dijo: ¡Este mundo es tu morada, marcha!

Y hubo hombres que en su necio y estúpido orgullo, se disputaron pedazo á pedazo la tierra regándola con su propia sangre.

¡Y estos hombres se apellidaron héroes!

Y son héroes:

Alejandro de Macedonia.

César.

Carlomagno.

Napoleon, etc., etc.

¡Y se llama héroe el que se ha hartado con la sangre de sus hermanos!

¡Y se llama héroe el que ha merecido agregar un pedazo de tierra más, conquistada con la espada, al que antes poseía!

.....  
Verdad es que abandono personas con quienes he pasado algunos años de mi infancia, con quienes paseamos, hablamos y nos apretamos las manos; todas estas pruebas de intimidad, son necesarias en una sociedad donde todo es mentira; son necesarias porque tal vez nos necesitamos unos á otros.

¡Cuán raro es encontrar un corazón que simpatice con el nuestro!

¡La amistad es una emanación de Dios, la amistad no existe ya sobre la tierra!

Todo me es indiferente, nada pues abandono, ni patria, ni amigos.

Solo dejo mis recuerdos.

¡Los recuerdos de un loco!...

### SEGUNDA PARTE.

#### ¡COSAS DEL MUNDO!

#### I.

Después de una penosa navegación de seis días llegué al puerto de T... y tomé el camino de la pequeña ciudad de P... terminé de mi viaje y donde pensaba morir vegetando como esos arbustos que se desarrollan místicos y descoloridos en los ángulos de las piedras de derruidos edificios.

El sol estaba próximo á ocultarse cuando la diligencia hizo alto en un parador situado á dos tiros de fusil de la ciudad, y al extremo de una esmaltada campiña.

Un pequeño arroyuelo que se escurria por un lecho de pintadas piedrecillas llegaba muy cerca de la puerta de entrada y formaba allí una pequeña fuente.

El aspecto del antiguo edificio y su situación, me recordó la casa de mis padres.

Toda la naturaleza me parecía animada y respiraba con más libertad.

Nada podía alegrarme más que este parador situado á poquísima distancia de la ciudad, rodeado de una campiña esmaltada caprichosamente de flores y cortada por rectas calles de sicomoros que venian á terminar al borde de un estanque rodeado de sauces que inclinaban hasta besar la superficie sus dolientes ramajes.

Hablé con el patron, y obtuve de él tres decentes aposentos para mi habitacion.

Llevaba una vida solitaria y contemplativa. Frecuentemente despues del desayuno me dirigia al jardin, este era mi paseo favorito. De ahí se distinguía la pequeña ciudad de P... situada al extremo de la pradera y al pié de una colina; al lado opuesto se veía una gran extension de terreno cultivado, terminado todo por un horizonte siempre nebuloso.

## II.

Paseábame una noche por las calles de la ciudad. El cielo amenazaba una próxima tempestad. Era media noche. Andaba solo, embozado en mi larga capa, y con un par de pistolas en las faltriqueras. Armas que consideraba de todo punto indispensables. Habia cosa de una hora que vagaba sin rumbo por las calles, cuando un ruido sordo acompañado de una rápida y azulada luz, me sacó de mis meditaciones, dándome á entender que habia estallado la tempestad. Con efecto, principió á llover á torrentes. Antes que la lluvia arreciara, traté de guarecerme en la primera posada que la fortuna me deparase. Una habia á pocos pasos de distancia. Me encontraba en los suburbios de la ciudad, en una de esas calles donde se establece generalmente la gente vaga y sospechosa. Nada me importaba, la lluvia arreciaba y era necesario esperar que calmase. Entré pues.

La posadera leía en un libro desencuadrado y grasoso.

Y apenas hizo alto en el nuevo parroquiano. No me habia engañado, me encontraba en una verdadera madriguera de gente sospechosa. Suponed, lector, que, por uno de los empolvados y rotos cristales de la ventana, veis una espaciosa estancia, en un ángulo un pequeño armario cubierto de vasos de todas dimensiones, grandes barriles esparcidos en desórden, y por último, pendiente del techo, enmohecidos jamones, y os habreis figurado el lugar donde me hallaba.

No tenia miedo; repugnancia sí. En una banca, un hombre raquitico, pero joven, estaba tendido afirmando las espaldas en uno de los extremos. Un gorro charolado y con guarda-orejas, cubria su cabeza y mostraba á medias una cabellera amarillenta fuertemente ensortijada.

Este personaje al fumar su pipa, lanzaba negras espirales de humo que, elevándose al techo sahumaban los jamones de la pulpera.

Un grupo de hombres, silenciosamente sentados al rededor de una mesa, apuraban grandes vasos de aguardiente.

Miles de reflexiones me asaltaron al pensamiento al contemplar hasta dónde puede llegar la degradacion de la especie humana.

¡Quizá esos infelices ahogaban terribles recuerdos en el licor! ¡Quién sabe!

Momentos hacia que estaba distraido y no habia notado que todos los ojos estaban fijos en mí.

Me turbé, tomé el vaso y bebí con repugnancia. Poco despues uno de los de la mesa, se levantó tambaleando y se sentó á mi lado sin ceremonia alguna.

— ¡Hola! camarada, me dijo, á tu salud. Tomó mi vaso y bebió.

— Estás triste, camarada, ¡voto va! si con un trago... — Gracias, respondí, no beberé porque me hace mal; bebed vos.

— Vaya, si beberé... yo tambien tuve un tiempo de tristeza como tú; pero desde que bebo estoy alegre... muy alegre... ¡ja, ja, ja!

Y aquel hombre se reía de una manera tan particular, que me dió miedo.

Algo de misterioso tenia para mí, y á medida que mas le observaba, creía notar en él ciertos rasgos que me revelaban, que no siempre habia permanecido en la miseria.

— Mira, me dijo, ya ébri, yo he padecido mucho y una vez intenté suicidarme... ¡ja, ja, ja! ¡era entonces un tonto!... ¡ja, ja, ja! ¡cuando digo que era entonces un tonto!...

Yo me estremecí sin poderlo evitar.

El hombre continuó: — Lo que es ahora no se me da un comino... Que se mate uno por una mujer es la que no le cabe al diablo. ¿Sabes quién soy yo, camarada?

Y al decir esto me miró á la cara.

— ¡Cuerno de Satanás! exclamó estupefacto, ¿sabes que te pareces como dos gotas de agua, al retrato que tenia *ella*? En fin, añadió un poco mas tranquilo, un diablo se parece á otro.

Indudablemente aquel hombre era presa de grandes padecimientos.

Y simpatizó desde entonces conmigo. No sé qué secreto aliciente se experimenta cuando se encuentra una persona que padece como nosotros.

— En fin, me dijo despues, como si le hubiera interrogado, la historia es larga, mañana te la contaré. — No faltaré, le respondí.

La lluvia habia cesado y salí, pero antes de llegar á la puerta le dirigí una mirada,

Habia cruzado los brazos sobre la mesa y habia apoyado en ellos la cabeza.

Dormia completamente beodo. ¡Desgraciado!...

## III.

A la siguiente noche fui puntual á la cita. Y sin embargo que acudí temprano, mi hombre estaba ébri.

Solo y único parroquiano entonces, permanecía taciturno delante de un vaso de aguardiente.

Me acerqué y no me notó. Antes de tomar asiento le contemplé, por un momento, atentamente.

Algo de nobleza respiraban sus facciones revestidas de un color rojo por el abuso del licor, y sus ademanes delicados, confirmaban mis sospechas.

Iba á oír una historia. Me senté.

El infeliz me miró sin saludarme, bebió un trago y me dijo:

— Voy á contarte una historia. Yo me acomodé lo mejor que pude para no perder una sola palabra de la relacion de aquel hombre.

— No es necesario que sepas mi nombre, principió, hoy nada vale, y sin embargo poco tiempo há fué respetado. Como la mayor parte de los hombres, principió por hacer una locura, me casé... y como la mayor parte de ellos, fui desgraciado. Yo siempre he tenido un consuelo, he pensado que todo el que se casa recibe pronto la corona del martirio y su premio allá en la eternidad. Mi libro favorito ha sido siempre la *Fisiología del matrimonio* de Balzac, y habia jurado morir soltero. Empero un dia ví á una mujer y boté el libro. Despues de algun tiempo, durante el cual logré obtener el consentimiento de ella, me desposé. Pasé dos meses siendo el hombre mas dichoso de todos los hombres y traté entonces de embustero al autor de mi libro favorito. Luego mis negocios, me hicieron abandonar la patria de mi esposa y me obligaron á establecerme en esta pequeña ciudad. Algo he ganado con este viaje... Mil leguas me separan de mis suegros, eso ya es ganancia. Desde el primer dia de mi llegada, fué gradualmente desapareciendo mi felicidad, y Balzac me iba pareciendo menos embustero. Por último, al fin de algun tiempo estuve conforme con el autor de mi libro favorito, y me dije: si ha existido un hombre que haya dicho la verdad, ese hombre probablemente ha sido Balzac. Mis negocios marchaban á las mil maravillas y todos me creian muy feliz. ¡Mal piensa el que cree que en el oro está la felicidad! Frecuentemente encontraba á mi mujer con los ojos encarnados porque habia llorado ó velado. Todo era un misterio para mí y ardía en horribles celos. Envidiaba la suerte del último amanuense de mi casa. Concebí sospechas que me desgarraban el corazon como el buitre de Prometeo. Pasé poco mas ó menos como un año con este martirio, durante cuyo tiempo me habia entregado al juego y habia perdido considerables cantidades. No me quedaba nada... ¿Y para qué necesitaba del oro si con él no podia comprar mi tranquilidad? Una noche que me recogía de uno de los garitos que abundan en esta ciudad, y donde habia dejado hasta el último maravedí, encontré la puerta entreabierta del aposento de mi esposa. Me acerqué, y como siempre, la ví sentada en un sillón al lado de la estufa regando con sus lágrimas un objeto que tenia entre sus manos. La pasion de los celos me devoraba, toda la sangre se me habia subido á la cabeza, las sienes me palpitaban y todo lo veía de color rojo. ¡Entré y le arrebaté de las manos un retrato! Un retrato muy parecido á tí... ya lo verás... Sin decirle una palabra me retiré á mi aposento, tomé una pistola, la cargué y la deposité sobre una mesa mientras escribia á mis acreedores, en seguida tomé una botella de ron de Jamaica y apuré su contenido... Al dia siguiente, amanecí tendido cuan largo era en el suelo, recordé confusamente la escena de la noche anterior, y apuré otra botella. Así continué hasta que nos echaron de la casa, y como el ron se me ha concluido, vengo á esta posada á beber aguardiente.

Este desgraciado me habia contado su historia sin mirarme una sola vez, y como quien habla consigo mismo.

— Hé aquí mi vida, siguió, ahora estoy contento y mucho mas cuando tengo que beber... pero *ella* me dá... Mira, ¿sabes lo que hice una ocasion que me dijo que no tenia? La pegué... buen remedio, desde entonces trabaja de dia y de noche para darme aguardiente...

Y apurando el resto del vaso, añadió:

— Ya no tengo aguardiente, voy á pedirle.

— ¿Cuán digno de compasion era aquel infeliz!

— ¿Quereis trabajar conmigo? le dije.

— Quiero beber, me respondí.

Su razon estaba trastornada.

Saqué de mi faltriquera una moneda de oro y se la ofrecí.

— No, me dijo, yo quiero aguardiente.

Dí órden á la posadera que pusiera á mi hombre el aguardiente que pidiese, dándole en adelante el valor de un mes.

MANUEL CONCHA.

(Se continuará.)

## Monumento

CONMEMORATIVO DE LA BATALLA DE BUZENVAL.

El domingo 19 de enero, al mismo tiempo que en la iglesia de Rueil se celebraba un servicio conmemorativo de la batalla de Buzenval, se inauguraba en las cuestas de Garches un monumento erigido á la memoria de los guardias nacionales del 11º batallon, muertos en aquella batalla, el 19 de enero de 1871.

El monumento, muy modesto, se encuentra en las alturas de la Bergerie, entre la aldea de Garches y el Monte Valeriano. Compónese de una pirámide de piedra gris sobre un pedestal cuadrangular, que tiene tres gradas en su base. En una de las caras de la pirámide se leen grabadas estas palabras: *Ejército de Paris, Guardia nacional*, y en el pedestal la inscripcion siguiente: « Los guardias del 11º batallon á la memoria de sus compañeros muertos en el combate el 19 de enero de 1871. »

Una gran muchedumbre asistia á la ceremonia, en la que figuraban en primer término algunos oficiales en representacion del ejército, y muchos de los miembros de los antiguos batallones 8º, 10º y 11º de la guardia nacional, con diputaciones de las ambulancias.

Se pronunciaron varios discursos, y la ceremonia se concluyó con vivas á la República. R. S.

## El emigrado alsaciano.

Hé aquí un dibujo del célebre dibujante Gustavo Doré, que acompaña á una composicion poética de M. J. Normand, la cual se vende á beneficio de la obra de socorros establecida en favor de los alsacianos y loreneses.

Un viejo aldeano de la Alsacia cuenta cómo, despues de haber perdido sus dos hijos, su casa y cuanto poseía, tuvo valor para abandonar el suelo natal.

Una tarde que vagaba pidiendo limosna, encontró á la orilla de un camino á un mozo de unos diez y ocho años, muy pensativo mirando hácia la aldea.

Faltábale ánimo para alejarse. El anciano no sabia qué decirle: contemplando su triste y suave sonrisa, permanecia mudo al borde del camino.

De repente se oye una música militar, y por el recodo del sendero aparecen soldados prusianos.

Los vencedores insultan á los vencidos; el anciano, loco de furor, quiere vengarse; pero el mozo le detiene; y por fin el joven y el viejo se deciden á partir juntos, no pudiendo vivir ya en aquellos lugares. A. J.

## Ascension del globo Juan Bart.

Mientras que el arte aerostático se encuentre como hoy le conocemos, es decir, en el estado primitivo, las bajadas ofrecerán con frecuencia los accidentes análogos al que figura en nuestro grabado. Sin embargo, el globo, aunque imperfecto, es el único aparato que nos permite elevarnos en el seno del aire; el solo vehículo que proporciona al sabio los medios para estudiar en el espacio las leyes meteorológicas; y por esta razon los verdaderos amantes de la naturaleza se apresurarán siempre á montar en la navecilla aerostática, desde donde pueden contemplar espectáculos desconocidos en la superficie del suelo y estudiar los fenómenos cuyas causas solo pueden descubrirse en las altas regiones atmosféricas.

No se realizará un viaje en globo que no sea un progreso para la meteorología; y si la empresa está dirigida por un observador amante de las ciencias, no se verificará una ascension que no proporcione un adelanto en este arte, esencialmente francés, porque excita en su favor la curiosidad pública y anima el espíritu de investigacion.

A pesar, pues, de sus inconvenientes y defectos, no se abandonará en Francia la gran tradicion de los Montgolfier, cultivando ese germen sembrado en el campo de la invencion, pues si nosotros no recogemos el fruto que nos ofrece, al menos tendremos el consuelo que en nuestras manos no desmerecerá este nuevo arte.

El domingo 16 de febrero de este año nos encontramos reunidos en la navecilla de nuestro bonito globo *Juan Bart*, mi hermano y cinco compañeros de viaje. El tiempo en tierra estaba cubierto y un poco sombrio; y á 1,800 metros de altura estábamos ya sobre las nubes, alumbrados por un sol de Africa, gozando de un grandioso panorama, que solo Humboldt hubiera podido describir. ¿No es encantador salir de este mar de nieblas en que con frecuencia estamos envueltos en la superficie del suelo, para encontrarnos de repente bañados por los rayos vivificantes del sol, en donde el alma se ensancha ante ese sublime manantial de luz?





Monumento conmemorativo de la batalla de Buzenval.

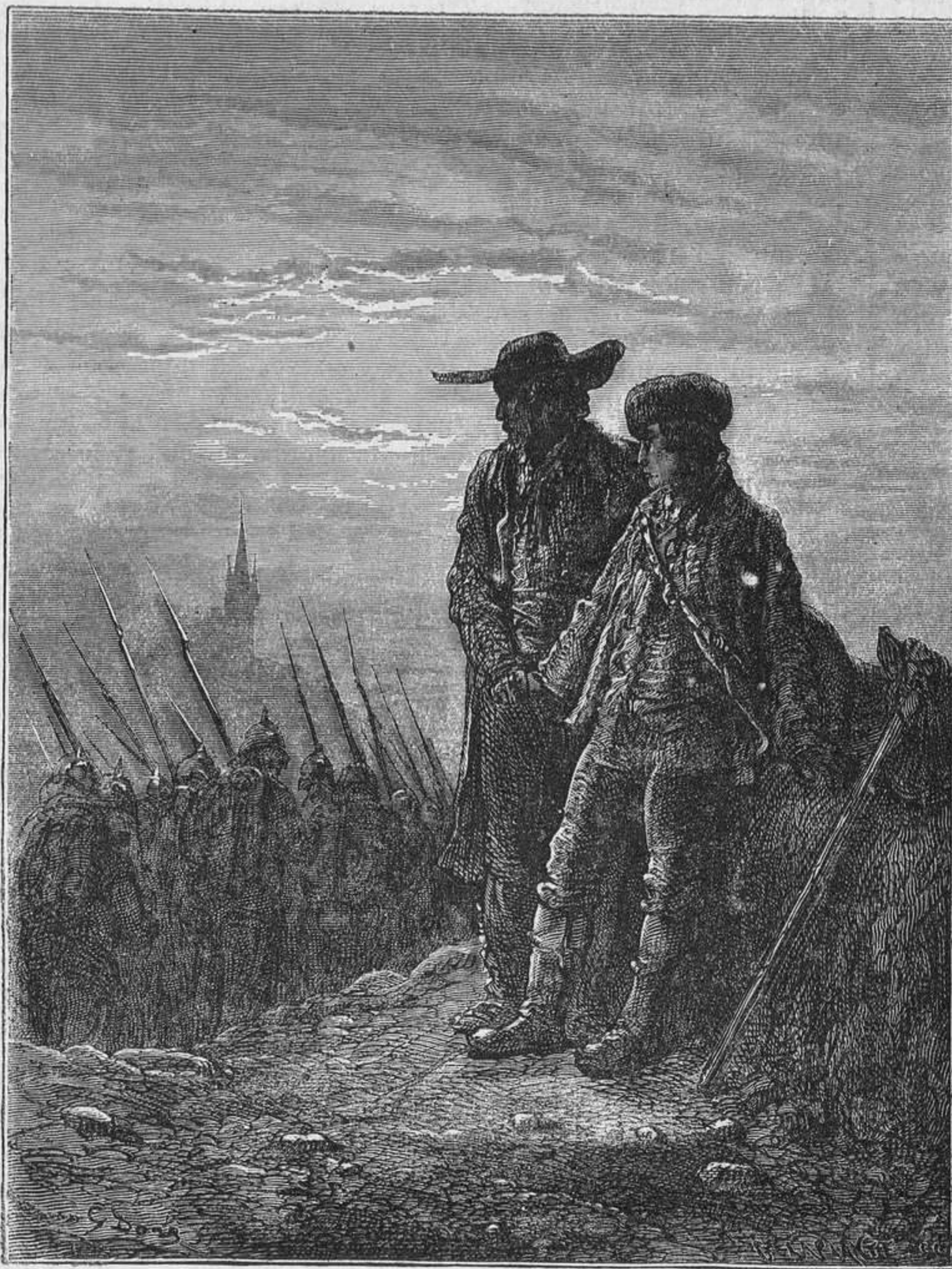


Minieh, aldea árabe en las cercanías del Cairo.

Durante tres horas consecutivas no dejamos de admirar ese océano de vapor, cuyas olas mas blancas que la nieve se extendian en un círculo inmenso hasta los últimos confines del horizonte. La bóveda celeste era de un azul tan puro como en el mes de julio; pero las nubes blancas y resplandecientes que la dominaban, la daban un vigor en sus tonos que ningun pintor podria imitar.

La sombra del *Juan Bart* se proyectaba sobre la capa inferior de las nubes, que estaba rodeada de algunos arco iris con sus siete colores, formando todo su conjunto un cuadro encantador, que un poeta se habria figurado estaba trazado por la mano de la Aurora. Desgraciadamente no habia entre nosotros ningun poeta, pues mi hermano se dedicaba á dibujar los valles de luz, interrumpidos por vaporosas montañas; un ingeniero de minas, sorprendido de verse á tanta altura, cuando su profesion le condena á descender á las entrañas de la tierra; un viajero que habia recorrido los principales paises y visitado la América, el Japon, la China y el Africa, asegurando que jamás un espectáculo tan imponente se habia ofrecido á sus ojos; un jóven químico, mi discípulo, y dos amigos míos; estos eran los que componian la tripulacion.

Durante tres horas consecutivas estuvimos bajo un cielo azul, teniendo que desembarazarnos de nuestros gahanes y pieles, pues estábamos sufriendo la accion de un sol demasiado ardiente. En efecto, el sol marcaba de 15° á 18° centésimos. En este momento continuamos los experimentos hechos por Gay-Lussac sobre la electricidad atmosférica. Al efecto arrojamos desde la navicilla un alambre de cobre de 200 metros, mucho mas largo del que se sirvió aquel ilustre fisico, atándolo al abordaje por medio de un tubo que le tenia completamente aislado. Así conseguimos manifestaciones eléctricas sensi-

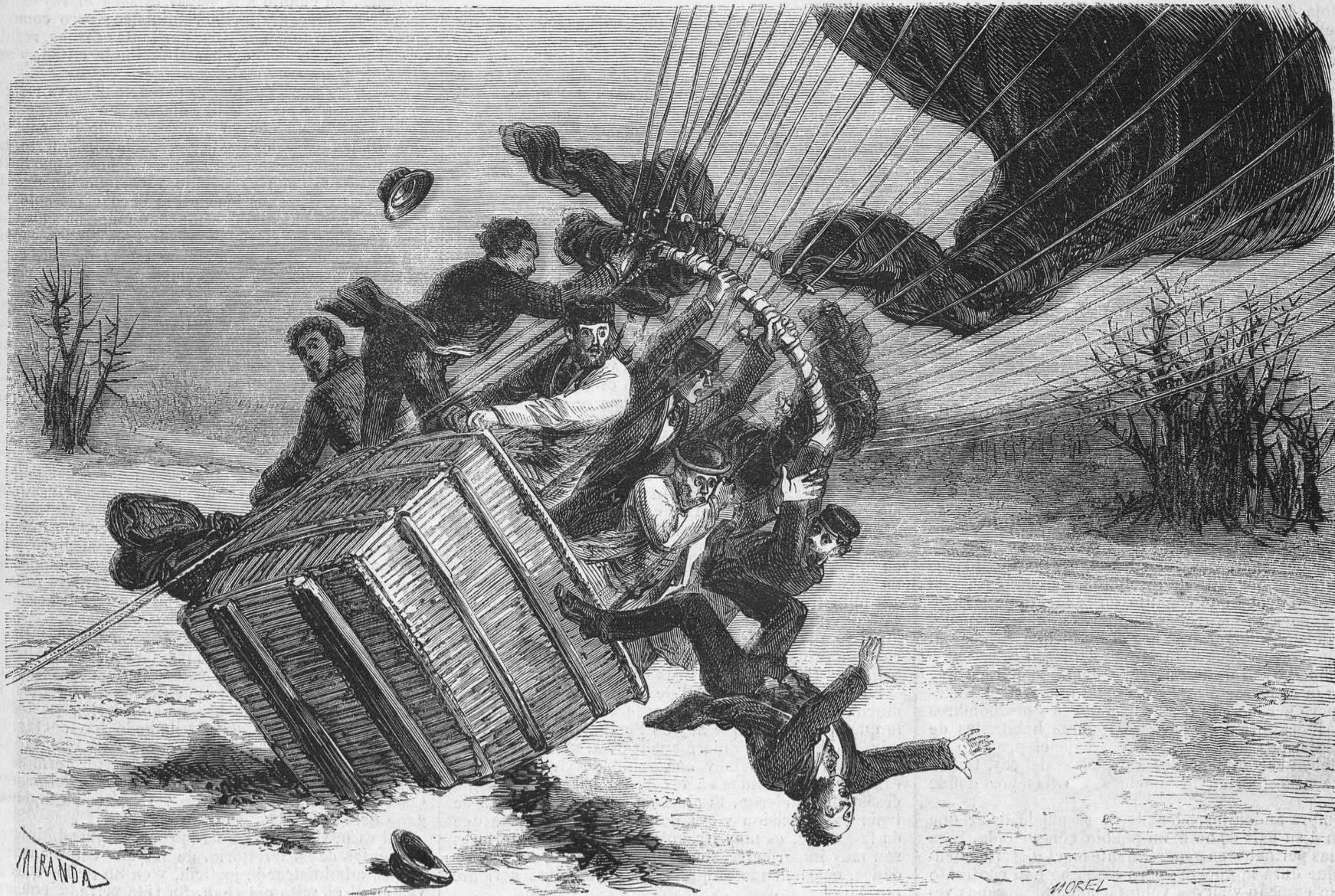


El emigrado alsaciano.

bles, y mas tarde, al volver á atravesar las nubes, conseguimos algunas chispas. Este ensayo es el primero que se ha efectuado en un globo de iguales condiciones; y es mas que probable que en un porvenir no lejano se conseguirá esclarecer el importante problema de la reparticion de la electricidad en las diferentes capas atmosféricas.

Pensando en el viaje de Gay-Lussac recordé el de M. Barral, que en una ascension memorable pasó al través de una nube de hielo. Cuando bajamos, que eran las dos de la tarde y 15 minutos, no tardamos en encontrarnos al nivel de las nubes, sumergidos en una de color de opalina, cuya temperatura era muy baja ( $-2^{\circ}$ ), apercibiendo cristales de escarcha que se pegaban á nuestro alambre de cobre y á las cuerdas de la navicilla, y hasta á nuestros vestidos.

A 100 metros de altura el *Juan Bart* se colocó á vista de tierra, ofreciendo á nuestros ojos una campiña cubierta de nieve y sembrada de bosques, casas y huertas. El sitio no era el mas favorable para la bajada; pero como el globo habia estado expuesto durante tres horas á los rayos de un sol abrasador, y habia pasado bruscamente á una temperatura muy baja, perdió, por la condensacion, una parte de su fuerza, y no nos era fácil dirigir su bajada, pues solo dadas estas condiciones puede efectuarse sin peligro, aun con la rapidez que marchaba nuestro globo. No es fácil sujetar la brida á un fogoso corcel aéreo cuando se desboca. Por desgracia nos aproximamos á tierra á la vista de las alturas de Montireau, que está á 200 metros del nivel del mar, circunstancia que entonces desconocíamos. En efecto, nuestro barómetro nos indicaba una altura de 300, cuando mi hermano nos grita que un cabo largo de 100 metros tocaba en tierra. Dirijo una rápida ojeada á mi alrededor, y distingo que nos aproximábamos á tierra con una rapidez inusitada. Inmediatamente cor-



Bajada del globo *Juan Bart* en la altura de Montireau (Francia).

MIRANDA

MOREL

to las cuerdas que sujetaban el ancla y la gran cuerda-freno, y tiro un saco para disminuir el lastre. En este momento nos gritaban: «Teneos bien.» Entonces la navicilla choca con violencia en tierra, inclinándose el globo sobre uno de sus costados; y por la fuerza del viento que soplabá á ráfagas se vuelve repentinamente el cesto de mimbres, encontrándonos de repente todos revueltos y en la mayor confusion. Uno de los viajeros, M. O... sorprendido por la rapidez de la caída, no tuvo tiempo de asirse á una cuerda que fué lanzada de la barquilla, cayendo en tierra... Entonces el *Juan Bart*, con menos lastre, da una sacudida y se eleva á 200 metros de altura: habíamos quedado solo seis personas.

Abro la válvula, y miramos hácia tierra, buscando al que tan súbitamente habia desaparecido, y le veo que se habia levantado, gracias al cielo, y nos estaba contemplando absorto, mirando cómo el *Juan Bart* se alejaba.

El globo no tardó en aproximarse otra vez á tierra, pues el viento era fuerte y le arrastraba con rapidez. Por una fatalidad, las cuerdas que colgaban se habian arrollado al ancla, y la tenian con la punta vuelta, sin que nos fuera posible servirnos de ella.

Por fortuna las que arrastraban por tierra hicieron que el globo disminuyera la velocidad de su marcha. Diferentes personas se dirigen hácia nosotros, y les rogamos que se apresuren á recoger las cuerdas. Uno de ellos la toma y la rodea á un árbol. ¡Ya estamos salvados! exclamamos con una indecible alegría.

Una ráfaga de viento penetra en el globo, que deshinchado empezaba á rasgarse: la cuerda se rompe, y el globo, dando una nueva sacudida, continúa su marcha al través de los campos, arrastrándonos en nuestra navicilla; después se arroja sobre un campo de manzanos, rompiendo todas las ramas que encuentra á su paso, y cruza por encima de un bosque, deteniéndose por fin á unos 200 metros. Nuestro amigo, de quien el azar nos habia separado, llegó á nuestro encuentro... Ninguno estaba herido; solo hubo algunas contusiones y dos ó tres rasguños.

Tal es la fiel historia de nuestra ascension. ¿Quién puede suponer que los viajes aerostáticos son peligrosos? Cuando hay nubes en el aire y la condensacion es rápida; cuando sopla viento en tierra, seguramente la bajada es como la que acabamos de describir, conmovedora y ocasionada á accidentes; hay que sufrir fuertes sacudidas y numerosos choques; pero como el cesto es de mimbre y de una flexibilidad extraordinaria, como la caña, se dobla y no se rompe. Por su gran velocidad rompe un árbol, sin que los pasajeros lo noten: atado al globo, que es elástico y ligero, que salta y rebota, y que pasa por los vallados, los bosques y las casas, protege siempre por su flexibilidad la vida de los aeronautas. No se crea que esto es una paradoja. Puedo probar con cifras que el globo es menos peligroso que el omnibus. ¡Cuando la industria construya barcos aéreos, provistos de máquinas de vapor de gran fuerza que consiga hacerlos subir, y el público haya experimentado los encantos de la navegacion atmosférica, solo descará viajar en globo!

El lugar de nuestra bajada fué Montireau (Eure-et-Loir), á cinco leguas de Nogent-le-Rotrou.

G. T.

## La Armenia y la Persia.

(APUNTES DE VIAJES).

(Conclusion. — Véase el número 1,052).

### TEHERAN É ISPAHAN.

Sin embargo, es preciso reconocer que esas tropas irregulares tienen ciertas ventajas. Primeramente, constituyen casi las tres cuartas partes de las fuerzas militares de la Persia; están generalmente bien montadas, cada hombre es un excelente jinete, y no le falta valor personal. Desgraciadamente esas cualidades son estériles por falta de disciplina, de confianza y de ese mútuo apoyo que constituyen la fuerza de las tropas regulares. Esas tropas auxiliares no tienen sueldo, pues deben indemnizarse por el botín que se coge al enemigo: así parece natural que debieran interesarse en el buen éxito de la guerra, y también parece que debieran cooperar á la victoria con todos sus esfuerzos; pero sucede con frecuencia que á esos hombres se les indemniza á costa de los pobres habitantes de la Persia. Los jinetes regulares, bajo el pretexto de que deben ser alimentados á expensas del rey, toman lo que necesitan en los pueblos y villas por donde pasan.

Siempre andan merodeando, y se puede decir que tratan á su país como á un pueblo conquistado. Esas milicias permanecen generalmente en el ejército mientras que dura la guerra; pero como no han contraído ningun empeño y sirven voluntariamente, algunas veces se vuelven á sus hogares sin esperar la conclusion de la campaña.

Además de esa caballería irregular que lleva el nom-

bre de *atli*, sucede que las diferentes provincias dan aun en tiempo de guerra algunos miles de *tuffekdjis* ó fusileros, que componen una infantería tan poco disciplinada como la caballería irregular. Sin embargo, se han hecho muchos esfuerzos para dar á esas tropas una organizacion mas satisfactoria, pues varios oficiales europeos quisieron disciplinarlas, pero se hallaron con grandes dificultades que vencer emanadas de preocupaciones nacionales y religiosas. A pesar de eso hubo mucho adelanto, sobre todo después que vieron que los hijos del rey daban el ejemplo.

Las reformas principiaron por el uniforme; pues como el vestido y toga oriental debia ofrecer mucha incomodidad al soldado, sobre todo en las marchas, se suprimió, dándoles una chaqueta; y en vez de aquellos calzones sumamente anchos, se les dieron pantalones atados por el tobillo. El calzado adoptado es una especie de botegui ajustado hasta media pierna, y muy útil para la marcha.

La artillería, arma tan indispensable y de tan grande influencia en una batalla, no podia echarse en olvido por aquellos que habian aceptado la mision de constituir un ejército en Persia, y así es que se puso el mayor cuidado en ello.

Maravillado Feth-Ali-Ghah de los cambios hechos y de las mejoras introducidas en las fuerzas militares de su reino, principiaba á entrever la posibilidad de poder resistir á la Rusia por un lado y á la Inglaterra por otro; pero á pesar de que los ingleses despreciaban, aunque un poco aparentemente, el movimiento que el chah habia dado á su país, no dejaron de valerse de todos los medios posibles para oponer toda clase de obstáculos á una organizacion militar que podría mas tarde causarles un perjuicio.

Con ese objeto, principiaron á persuadir á Feth-Ali-Chah que los oficiales ingleses reemplazarian ventajosamente á los franceses; pero en realidad su intencion no era otra que la de destruir los progresos hechos.

El cambio fué fatal para la Persia; pero tampoco fué favorable á los proyectos de la Inglaterra. De ese modo los ingleses, queriendo trabajar tan solo para ellos, trabajaron en realidad en favor de la Rusia. Los primeros habian hecho un tratado con el chah por el que se obligaban á darle un subsidio de 200,000 libras esterlinas, para que pudiese levantar y pagar un cuerpo regular de doce mil hombres de infantería y veinte y cinco piezas de artillería. No obstante ese auxilio, el ejército mandado por Abbas-Mirza, hijo de Feth-Ali-Chah, fué batido siempre hácia las orillas del Araxe; la Rusia conquistó la Georgia, y solo mas tarde pudo detener á los vencedores que se hallaban á seis dias de marcha de la capital el tratado de paz de Turkman-Tchai. Sin embargo, los instructores ingleses permanecieron veinte años en Persia con sueldos muy considerables.

Las tropas que nosotros vimos en Ispahan eran los restos de los batallones confiados á los *talimdjis* (instructores militares) del ejército de las Indias. La infantería persa no habia conservado otra cosa de su primitiva organizacion que un poco del manejo del arma, insignificante en un dia de batalla.

Además de los batallones llamados de la guardia, hay otros que llaman provinciales, que corresponden á nuestra tropa de linea; siendo esos los que dan la guarnicion en las principales ciudades del reino, distinguiéndose de la guardia por el color de la chaqueta que es azul ó amarilla. Los pantalones de toda la infantería eran blancos. El uniforme de los oficiales es muy sencillo, pues se reduce á una chaqueta del color de su batallon ó una levita abotonada, botas de montar y un sable corbo. Los coroneles son los solos que llevan charreteras.

En cuanto á la artillería, que está organizada como la tropa ligera, no me ha sido dable poder juzgar de su habilidad. Sus piezas de á seis y de á ocho; los artilleros van á caballo, y no llevan otras armas que un sable de forma inglesa. Su uniforme se parece mas al europeo que al de la infantería: llevan una chaqueta de paño azul con bocamangas encarnadas, la cartuchera la llevan colgada del pecho, y sus pantalones son de algodón azul ó blanco con una especie de botas de montar. Además llevan en la cabeza una enorme gorra de pelo de piel de carnero.

Los oficiales se distinguen de los soldados en las chaquetas, pues las de estos están un poco bordadas en el pecho, con tres carreras de botones con trenzilla de oro. Aunque llevan charreteras, no significan allí el distintivo como entre nosotros, pues he visto un capitán que llevaba las de un coronel ruso. Ese oficial atribuía á la artillería persa una superioridad sobre cualquiera otra, pues decia, entre otras cosas, que sus artilleros tiraban veinte tiros en un minuto.

En resumen, el material de la artillería persa tiene muchas apariencias, pero sucede con respecto á ella lo que con todo lo que hay en Persia; pues cuando se mira de cerca ó se quiere analizar, al momento se reconoce la ignorancia y una vanidad extremada. Sus cañones son fundidos en vez de ser barrenados segun el sistema moderno. El alma de las piezas, en vez de tener esa precision y esa uniformidad compacta que da la solidez, es muy irregular; las paredes interiores son muy imperfectas, formándose en ellas varias cavidades, ocasionando el que á los pocos tiros revienta una pieza.

Además de esos vicios fundamentales y tan perjudiciales, hay otro no menos grave, que es la falta de carros ó furgones para las municiones, y que ellos

transportan siempre en los camellos. Esos animales tienen el doble inconveniente de obstruir el paso en el ejército, y no prestarse á la precision que exigen los movimientos militares.

Otra cosa que daña mucho mas á la artillería persa, es que aun no saben hacer proyectiles para las armas de fuego; pues toda esa parte tan sumamente importante del material de la artillería la llevan del extranjero.

Varios episodios que me contaron sobre el sitio de Herat confirmaron la triste idea que yo me habia formado sobre la artillería persa; pues apenas si pudieron abrir brecha en las murallas de ladrillo no cocido de esa ciudad. Además tan pocas eran las municiones que habian llevado, que fué preciso hacer balas de piedra; de modo que viendo el primer ministro el poco efecto de la artillería, mandó que se fundiese en el mismo campamento una enorme pieza de monstruoso calibre en la que metian varias balas; pero su efecto no fué serio.

Toda la artillería persa no está organizada á la europea, pues hay en el ejército del chah un cuerpo de artilleros de una fisonomía completamente oriental. Su material consiste en pequeñas piezas de bronce que podian contener libra y media ó dos libras de balas. Cada pieza la lleva un camello, y está colocada sobre una especie de eje ó quicio para volverla en todas direcciones.

Además de la pieza lleva también el camello la provision de proyectiles y de pólvora necesaria para unos veinte tiros. Un artillero se sienta sobre el animal; cuando se quiere hacer fuego se acurruca el camello, y cuando se quiere ir hácia adelante ó hácia atrás, entonces el animal lleva con grande celeridad al jinete y al material que se le ha confiado. Actualmente ese cuerpo de artilleros está muy reducido, y no se hace uso de él sino en las salvas reales que se hacen cerca de la tienda del chah.

El sistema de las quintas es desconocido en Persia, pues para hacerlas se fían en la buena voluntad de los ciudadanos, ó las mas veces se efectúan por la arbitrariedad de los *begliers-beys*. Cuando el chah tiene necesidad de soldados, envía á las provincias de su imperio sus órdenes que marcan el número de hombres que deben dar. Sobre ciento se toman desde uno hasta seis, segun las necesidades del momento; siendo de advertir que en una familia solo un individuo es el que está obligado á llevar las armas.

El soldado persa sirve toda su vida, á menos que le quiera licenciar el chah. Cada soldado debe recibir anualmente doce tomanes, que hacen unas ciento cuarenta y cinco pesetas. Además se halla alojado y alimentado en parte, es decir, que cada cuerpo recibe un poco de grano. Es de advertir que hasta las tropas regulares sirven á expensas de los habitantes en las marchas. En cuanto á la paga, la saca el rey de sus arcas y la entrega al primer ministro; pero como la suma de doce tomanes pasa por tantas manos, resulta que el pobre soldado apenas si recibe la mitad, y aun esa se le paga muy mal.

Apesar de que el gobierno persa no observa religiosamente lo que promete al soldado, no por eso deja de imponerle un código severo; siendo los castigos mas usados los palos hasta que se siga la muerte. Las recompensas consisten en condecoraciones, que llevan el retrato del chah esmaltado y enriquecido de diamantes mas ó menos hermosos; pero estas solo son para las personas que desempeñan empleos elevados, pues para los inferiores esas condecoraciones consisten en cruces mas grandes en forma de sol, cuyos rayos son de diamantes y rubies, y el centro representa el simbolo de la monarquía persa.

Además hay pequeñas cruces adornadas con diamantes, y luego vienen las simples medallas de oro y de plata para los soldados persas que se distinguen por su valor. He visto algunos que llevaban varias de esas medallas, y se me ha dicho que cada una de esas condecoraciones era el premio de una cabeza cortada en el campo de batalla.

El restablecimiento de una gerarquía regular en el ejército persa remonta á Nadir-Chah, que fué el primer organizador de las fuerzas militares del país. El fué quien principió á reunir un número determinado de soldados bajo un jefe. El grado mas elevado del ejército persa es el de *emir-nizam*; pero no hay mas que uno en todo el ejército, y reside siempre en el Azerbaidjan, en donde manda directamente todas las fuerzas militares. Además hay cuatro *serdars* inferiores al *emir-nizam*, quienes mandan diez mil hombres, y se pueden comparar á nuestros generales.

Después de los *serdars* vienen los coroneles llamados *sertip* ó *sering*, quienes mandan varios batallones, y cada batallon tiene un comandante ó *yavehr*. Hay además en los batallones los *sultanes* ó *capitanes*, los *naieh-sultan* ó *hegzadehs*, tenientes, los *yuzbachi*, subtenientes, y abanderado llamado *bay-dactar*. La bandera es encarnada, en el centro está pintado el simbolo del imperio, y la parte superior termina en una mano abierta, que es la de Ali, yerno del profeta. Cada cuerpo tiene además un *vekil* ó ayudante, encargado del suministro.

Tal es la vida pública de los persas que administran las rentas de su territorio, de los que están encargados de administrar la justicia, y en fin de los que sirven en el ejército del chah. Su vida privada conserva aun el sello del carácter frívolo y sensual de la antigua civilizacion del país; inmovilidad en las costumbres y ensayos incompletos de reforma en las institu-

ciones: tal parece ser la situación en que se halla la Persia después de tantos siglos de gloria.

Sin embargo, muchos títulos que no pueden perder recomiendan la Persia á la simpatía de las sociedades occidentales, aunque llegasen á ser estériles las reformas que se han aconsejado á la actual dinastía.

Sin duda no hay en la Persia, como en la China, el atractivo de lo misterioso y de lo incógnito; ni tampoco hay el prestigio de esas tradiciones místicas que ocultan con sus tenebrosas nubes las cimas del Sinai y del Tabor. Hay alguna cosa mas real y palpable, cual es la vida de un pueblo noble, cuyos recuerdos se pierden en la inmensidad de los tiempos pasados, y cuya historia recuerda las crisis mas memorables por las que ha pasado la civilización oriental desde los tiempos de Dario hasta Mahoma. Dirigiendo uno su imaginación hácia esa gloriosa historia, entonces se llega á contemplar con menos tristeza la presente situación del Iran. Los anales del país recuerdan muy elocuentemente á los persas, que las épocas de independencia son también aquellas en las que ellos mas se han ilustrado en las artes y en la guerra. Lo que deben hacer los persas es defender su independencia contra las influencias europeas que los amenazan por todas partes, no olvidando que sus monumentos mas preciosos fueron creados por príncipes celosos de su gloria nacional.

Eso es lo que manifestarán y probarán siempre á la posteridad las columnas del palacio de los reyes de Persépolis, los gigantescos relieves de las rocas del Fars, y las grandes mezquitas de los monarcas Sophis, tan magníficas y tan graciosas bajo sus cúpulas azuladas.

¿Cómo podemos perder las esperanzas de que llegue á levantarse una nación que tiene delante de sí tantas pruebas de antiguo poderío? Sin duda alguna la Persia se halla adormecida hoy, pues la diplomacia inglesa y moscovita la domina.

Las naciones orientales, acostumbradas al régimen despótico, prosperan ó vegetan según los jefes que se suceden en el poder. Así ha sucedido á la nación persa, tan brillante bajo los Sophis, y tan débil bajo los Kadjars. Que se presente un hombre enérgico y que tome las riendas del gobierno, y entonces tal vez se verá despertarse esa nación, llegando á ser tan grande por las artes como bajo los Sophis, ó tan grande por la guerra como bajo los Nadir-Chah. E. F.

**Estudios morales.**

**LA HIJA DEL GENERAL.**

(Continuacion. — Véase el número 1,052).

— Supongamos por ahora que yo no pueda pasar sin vos, dijo el general.

— Mis servicios, señor, dijo Jorge ahogando un suspiro, no son de ninguna importancia...

— Eso es lo que sería preciso saber, señor secretario-agregado; pero convengamos en que pueda pasar sin vos... mirad á esta jóven que nos escucha... ¿creéis tal vez que ella diga lo mismo?

— ¡Oh! padre mio, dijo Elena, trémula y pálida; yo no quiero absolutamente intervenir en eso.

— ¡De veras, intervenir! Dios os bendiga, señorita, replicó su padre, ¿con que vos también olvidáis que yo soy amigo de la franqueza?... Vamos, habreis tenido por conveniente el negar; pero recordad que yo también he sido jóven, que tengo reflexión, y que por mas astuta que fuéreis, no podríais engañarme... vos amais á Jorge, y él os ama á vos...

— ¡Padre mio! dijo Elena.

Jorge nada añadió; pero su semblante parecia decir que estaba aguardando que se abriese la tierra bajo sus piés. El general se complació un rato en la turbación de su hija, añadiendo despues:

— Vamos, ne me contradigais, Elena... ¿Es eso algun delito? Cuando supe la historia de Jorge, le prometí elevarle al puesto para que habia nacido. Le introduje en mi casa, en mi familia... y vosotros habeis concebido un mútuo amor... Si esto es una falta, acháqueseme á mí. Pero ¿por qué debe serlo? Elena, cuando yo conocí á tu pobre madre, la mejor y la mas querida de las mujeres... ¿qué era yo? ¡un subteniente; sí, Jorge, un subteniente, é hijo de un pobre mercero de Gloucester, al paso que la madre de Elena era una rica heredera! Sin embargo, me atreví, lo confieso, á declararle mi amor, y me quiso ella á mí como yo á ella. Llegué despues á alcanzar su mano, y gracias á su fortuna, ascendí rápidamente en el ejército. Probablemente sin ella sería aun un antiguo teniente de infantería, ó á lo sumo, un capitán de sesenta y dos años, instructor de reclutas, en vez de mandar aquí en nombre del rey, con el título y honores de comandante en jefe. Esta mujer tan idolatrada á quien, despues de la Providencia, lo debo todo, me hizo padre de esta jóven... es la hija de mi corazón, el último, el solo objeto de mis afectos, cuya dicha prefiero á todo... Elena permanecía inmóvil, con la mirada fija en su padre; y Jorge con los ojos arrasados en lágrimas.

— Vuestra conducta, M. Jorge, prosiguió el general, ha sido honrosa; por eso os aprecio y os tengo en mas. He comprendido por qué queríais marcharos; pero eso no puede ser... vos no os marcharéis. Si mi Elena es bastante loca para partir el cariño de su padre, y quiere de todos modos entregarse á un subteniente sin un maravedí en el bolsillo, ¿qué debo hacer? Quanto mas pienso en ello, mas conozeo que no hay otro partido que tomar, sino el querer lo que ella quiere, por amor de la que fué su madre.

— ¡Padre mio! exclamó Elena.

— Calla, calla, hija mia, repuso sir Cadwallader; no me vengas con coquetearías; sé muy bien que hallarás este desenlace algo brusco, y que no te hubieras rendido así á la primera intimación; pero no importa, no dejo por eso de encaminarme directamente al objeto, como veterano que soy. Vamos, Jorge, acercaos; hablo seriamente... Tomadle la mano, mi buen jóven, habeis sido muy buen hijo para no ser buen esposo. Así lo siento.

— Pero, padre mio, dijo miss Adamthwaithe levantándose de la silla...

— ¿Qué significa ese pero? dijo el general; ¿me habré engañado? ¿no amais acaso á Jorge? ¡Oh! si así fuese, es otra cosa... Soy un torpe; dispensadme, y no hablemos mas de esto.

— No es eso lo que quería responder, padre mio, dijo Elena, quien, feliz en su turbación, se deshizo en lágrimas, se echó á los brazos de su padre, y dejó caer su cabeza sobre su hombro.

— Acercaos, Jorge, repitió sir Cadwallader, venid á recibirla de las manos de su padre. Yo sé mejor que ella lo que pasa en su corazón... ella os pertenece... pero Dios me perdone; ya tenemos el contagio de las lágrimas que tanto me conmueve, abreviemos esta escena, amigo mio, fuera esas demostraciones de agradecimiento. Sé muy bien que os hago un regalo que os constituye el mas venturoso de los hombres, y que vos no sois desagradecido. Pero por fin, yo labro mi dicha haciendo la vuestra y la de mi hija. Aborrezco las frases largas y las lágrimas que mal caen en los ojos de un veterano como yo; así pues, yo os bendigo, hijos míos, y os dejo aquí solos para que os expliqueis con mas claridad de lo que habeis hecho hasta ahora; solo os prevengo que mañana los parlanchines y murmuradores de la Presidencia dirán, encogiéndose de hombros, que el viejo general ha hecho la bobería de consultar mas bien el capricho de su hija que su vanidad. Buenas noches, hijos míos, buenas noches.

Y sin aguardar respuesta, dejó sir Cadwallader á los desposados, en la duda aun de si aquello era un sueño ó una realidad. Elena pasmada no sabia cómo definir este sentimiento, cuando sus ojos se encontraron con los de Jorge; subió en esto el color de sus mejillas, pero desvaneciése toda su perplejidad, y no se atrevió á resistir al dichoso favorito, que no hallando una sola palabra para expresar lo que sentía, la estrechó entre sus brazos. Pero precisamente en este mismo instante sobrevinieron el mayor Mopes, secretario de sir Cadwallader y el capitán Narciso Fripps, primer edecan del general. Estos dos oficiales atravesaron la galería adonde daban todas las puertas y ventanas del salón de Su Excelencia.

La escena del tierno desahogo que presenciaron bien á su pesar el mayor y el edecan no produjo el mismo efecto en el corazón de entrambos. El mayor Mopes reflexionó luego sobre los medios de salvar á Jorge y á Elena de su extravío, mientras que el capitán dispuso una trama para informar de todo al general, de modo que pudiese perder á Jorge y lograr la herencia de su favor. El caritativo capitán Fripps, olvidando que habia entrado para acostarse, pasó de nuevo por delante de las ventanas del salón sin encontrar á nadie; pero bien seguro de lo que habia visto media hora antes, bajó la escalera, pasó al cuartel, y llamando á su íntimo amigo, el alférez Honeyman, le pidió la ayuda de sus consejos. Era ya esto poner una nota muy fea en el carácter de Elena. El alférez Honeyman, el inseparable amigo del capitán Fripps, expresó minuciosamente su modo de pensar sobre lo que debia hacerse para volcar la privanza de Jorge, de ese aventurero que por sí solo se granjeó la confianza del general. Acordóse pues que el capitán haria al dia siguiente su relación confidencial á sir Cadwallader.

Apenas el cañon anunciara el nacer del dia, que ya el capitán Narciso Fripps estaba en pié y en movimiento. No habia que perder tiempo. Su servicio le llamaba al lado del general; Fripps queria á toda costa desembarazarse de Jorge.

Lavater ha dicho que «el héroe que, tras haber encontrado una ocasion favorable para destruir á su enemigo, consiente magnánimamente en malograrla, ha nacido para llegar á ser un dia el mas grande de los vencedores.» Quizás el destino hubiera señalado al capitán Fripps en alguna victoria; pero el caso es que su heroísmo no dió indicio alguno de su grandeza venidera, y aunque Jorge no fuese su enemigo, juró, al salir de su cuarto, que antes de dos horas á lo mas, le habria destruido para siempre en el concepto de sir Cadwallader.

El capitán era un hombre bonito, rubio, algun tanto presumido, vestido siempre con elegancia, y con los cabellos primorosamente rizados. Sus dedos estaban cargados de sortijas, una cadena de oro daba dos vueltas sobre su chaleco; sus uniformes le apretaban excesivamente la cintura; era tarda su voz, y su habla algo brozosa, apareciendo vivo por momentos con una

afectación de impaciencia reprimida; en pocas palabras, era un original que con sus afeites y con su corsé se creía el mas amable y bello jóven de la Presidencia.

— Yo no quiero mal ni á miss Elena ni á Jorge, decia entre sí, para disculparse de su acción tan ruin; yo, sin ninguna oculta rivalidad, sin rencor como sin amor, cumplo mi deber, avisando al general; descubro á un seductor y desagravio á mis compañeros de los ascensos algo rápidos de un aventurero. Fuera pues remordimientos, y no aguardemos á que el escándalo denuncie públicamente al culpable que abusa hasta tal extremo de la hospitalidad de su ciego protector.

Animándose él mismo de este modo, montaba á caballo. No tuvo que aguardar mucho al comandante en jefe, y se fueron juntos á dar la acostumbrada vuelta de la mañana.

Nada cabe mas incómodo para una comunicación confidencial que el paseo á caballo, ya sea al paso, al portante, al trote, ó al galope, y cuando el capitán Fripps observó que el general se habia decidido á hacer trotar el suyo, se vió precisado á su pesar á diferir el entrar en materia. Si va á decir verdad, sir Cadwallader no era muy aficionado al amable edecan; preferia, cuando era posible, la compañía del mayor Mopes, quien, esta vez habiéndose quedado en palacio, se ocupaba secretamente en los medios de neutralizar el mal resultado de la denuncia del capitán.

Despues de haber trotado cosa de media hora, haciendo alto sir Cadwallader, propuso á su edecan el apearse para trepar con él á un montecillo desde el cual se disfrutaba una hermosísima vista de Bombay. Habia hecho miss Elena un bosquejo de este paisaje, y esto fué un excelente pretexto para entrar nuestro capitán en materia.

— En verdad, dijo el general, estoy muy satisfecho del diseño de mi hija... ¿Estábais con Elena, capitán, cuando ella vino aquí para tomar esta vista?

— No, mi general, respondió Fripps; yo no me tomara la libertad de acompañar á las señoritas en sus diversiones campestres. A buen seguro que no soy yo el que tendria esta indiscreción.

— Yo no veo que pueda haber en esto ningun mal, repuso Su Excelencia. En Italia, iba Elena todos los dias á tomar sus diseños del natural, y mas de una vez se hubiera fastidiado, si hubiese estado siempre sola.

— ¡Oh! ¡Italia! ¡querida y bella Italia! exclamó Fripps suspirando y con una mirada muy lánguida; ¡aquel clima es tan suave y encantador!

— ¿Pero qué influye el clima en la conducta de una señorita? preguntó sir Cadwallader.

— Nada, ¡oh! nada por cierto, mi general; pero... yo soy demasiado escrupuloso con las señoras, para prevalerme de su benevolencia en términos de llegar á comprometerlas... Por desgracia hay ciertas personas meños delicadas y que no respetan como yo el honor y bienestar de las familias.

— ¡El honor y bienestar de las familias! ¡Palabras son esas muy expresivas y muy al caso cuando tratamos de un borron hecho con lápiz!

— Sin duda, mi general, pero... yo pienso menos en el arte que en el artista.

— ¿Decís eso con alguna intención, capitán? ¿hacéis tal vez alusión á Elena?

— En verdad que no sé cómo decirlo á Vuestra Excelencia; sin embargo, es preciso que le entere de lo que no debe ignorar.

— En este caso, señor Fripps, tened la bondad de decirlo luego, dijo sir Cadwallader con impaciencia.

— ¡Ah! mi general, yo no puedo hablaros de este asunto sin estar perplejo: os sorprendereis y os indignareis con razon; cumplo un deber penoso... pero es preciso que lo sepais todo; yo venceré la repugnancia que me detiene.

— ¡Pues qué! ¿vais á denunciar algun motin, alguna trama contra mi autoridad?

— No, no, gracias á Dios, no es nada que concierna á la política ni á la disciplina, es... pero en verdad yo no sé cómo haceros tal revelación.

— Capitán, nada nos urje, y ya que habeis empezado, quisiera que termináseis esta importante revelación.

— ¡Es tan delicada!

— Pero acabemos, capitán, ¿de quién quereis hablar?

— Eso es precisamente lo que me embaraza... no, ¡nunca se ha visto cosa igual!

— A cada nueva palabra, os entiendo menos, capitán; ¿quereis explicaros?

— Bien: procuraré hacerlo, mi general, aunque me faltan las palabras.

— ¿Se trata quizás de mi hija? preguntó sir Cadwallader, que ignoraba lo que el capitán habia visto la noche anterior, pero que habia observado la antipatía del capitán con Jorge.

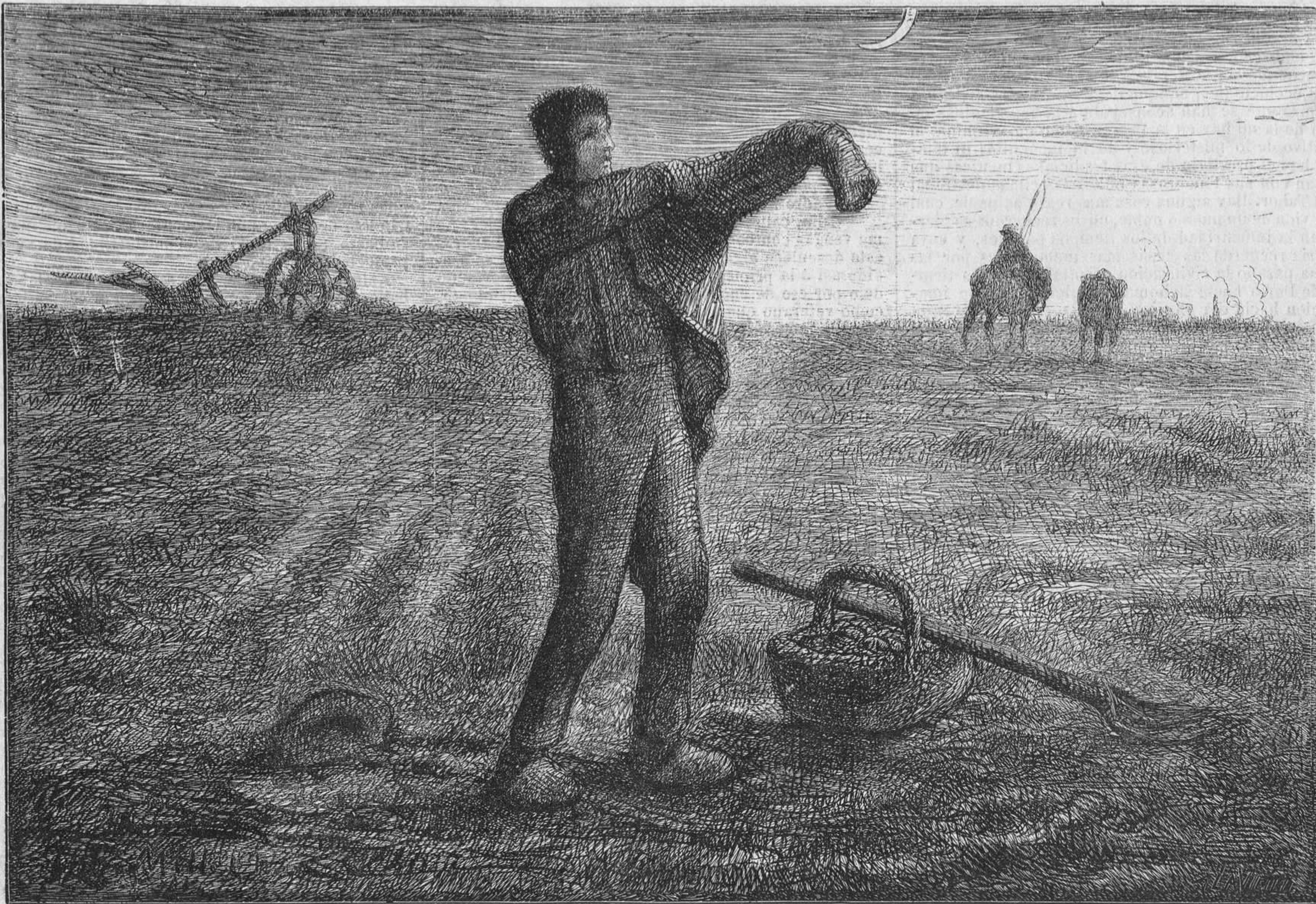
— ¡Ah! mi general, sois un hombre como hay pocos; podria decirse que lo sabeis todo por intuición.

— ¡Por intuición! ¿Quereis contarme pues lo que ha hecho mi hija?

— Me sería imposible, mi general, relatarlo minuciosamente; pero puedo deciros que... que M. Jorge... que se pretende que M. Jorge es un poco familiar, un poco frecuente... y...

— ¿No hay mas que eso, capitán?

— Estoy lejos de acusar á miss Elena, mi general. Yo me guardaria muy bien de ponerla ninguna nota;



CUADROS CAMPESTRES. — La caída de la tarde.

solo hablo de M. Jorge, os lo digo porque estamos solos; pero... ¡es un hombre tan impetuoso!

— ¡Impetuoso, decís! ¡y es esa la palabra, señor Fripps, que un cuarto de hora há estais buscando!

— Repetiré á Vuestra Excelencia que no hallo expresiones propias para referiros lo que he presenciado...

— Ya; ya voy comprendiendo; pero ¿cuándo habeis visto lo que tanto os ha chocado?

— No he perdido un momento para hacerlo saber á Vuestra Excelencia... Anoche entre diez y once.

— ¡Oh! exclamó el general, algo calmado por la fecha, y lo que habeis visto ¿era una accion muy culpable?

— Sir Cadwallader, en mi vida me he atrevido á tanto, y os doy mi palabra de que he sentido vivamente el haberlo presenciado.

— ¿Los habeis tal vez sorprendido, capitán, mano á mano, en aquel estado que los novelistas llaman *una situacion interesante*?

— Cabal, mi general, como vos lo habeis definido... los he visto en una situacion... no quiero pasar los límites de la decencia... pero cuando reflexiono que un hombre colmado de favores por Vuestra Excelencia se ha atrevido... á olvidar la distancia que le separa...

— Basta, basta, mi capitán, estoy al caso, y os doy las gracias de vuestro interés por la reputacion de mi hija. Pero veamos este punto de vista.

— Bravisimo, dijo Fripps entre sí, ¿hase visto jamás un padre semejante?... Cuando pienso, continuó, no pudiendo creer que el general fuese tan indiferente como queria aparentar, cuando pienso que un hombre insignificante, un haraposo como Jorge...

— En verdad me parece que no cabia hacerlo mejor, dijo el general, poniéndose la mano delante de los ojos, á modo de visera, para ver mejor el paisaje.

— ¡Qué mejor! repitió Fripps retorciéndose el bigote y acercándose á Su Excelencia.

— Hablo de su último diseño, del que representa este admirable sitio. Nada ha olvidado, ni esta palmera tan hermosa, ni este sitio tan pintoresco. Ved aquí cómo una feliz imitacion del arte da nuevo realce á la obra de la naturaleza. No, nunca habia contemplado con tanta satisfaccion este interesante punto de vista.

El capitán observaba al general con aire pasmado,

empezando á arrepentirse de haber sido tan delicado con la hija de un padre tan indulgente.

— ¿Con que, capitán, dijo el comandante, habeis sorprendido á mi hija y á mi secretario-agregado en *una situacion interesante*?

— Os aseguro, mi general, respondió Fripps admirado de ver que se le pedian pormenores, os aseguro que llegué allí por la mas extraña casualidad. Acababa yo de tomar un vaso de ponche con el alférez Honeyman, cuando en el momento de volver á entrar en palacio, encontré el mayor Mopes á dos pasos de la puerta y subimos juntos hasta la galeria; y allí fué cuando, pasando por delante de las ventanas del salon... vi...

— A M. Jorge abrazando á mi hija, ¿no es verdad? Bravisimo, yo lo arreglaré despues del desayuno. Volvamos á montar y terminemos el paseo.

Viendo Fripps que su jefe recibia con tanta frialdad estas noticias, quedó amargamente abochornado.

El mayor Mopes, tan escandalizado como él, pero mas benévolo para con el culpable seductor, habia ido á hablar á Jorge, y no habia quedado menos sorprendido de su explicacion. Absorto este con su inesperada fortuna, habia querido al principio burlarse por un momento de la triste gravedad de su amigo, aparentando que no le comprendia; pero cuando vió que el bondadoso mayor no estaba para chanzas, le contó la verdad, y para convencerle de esta maravillosa conclusion de sus tímidos amores, le habia presentado á Elena dándole el titulo de desposada.

La hora del desayuno lo fué de ensayo para los principales actores de esta escena de la vida real. El general fué el primero que entró en la sala. La mesa estaba cargada de arroz, de ánades de Bombay, de besugo de Java, huevos, jamones de Europa, y en medio de los platos mas delicados, se veian vasos llenos de uvas, de fresas y de frutos de llanten. El aire estaba embalsamado con el vapor aromático del café; el té hervia en las tazas. Elena tomó su lugar acostumbrado, el capitán edecan Narciso Fripps tomó amistosamente la mano á Jorge Medway y se colocó al extremo de la mesa, enfrente del grave, pero bondadoso Mopes, mayor y primer secretario del comandante en jefe.

(Se concluirá.)

### Cuadros campestres.

LA CAIDA DE LA TARDE.

Comenzamos hoy la publicacion de una série de dibujos sobre las faenas campestres, que merecerá, á no dudarlo, la atencion de nuestros lectores. M. J. B. Millet, conocido por sus escenas de aldea, es el autor de estos dibujos, y el grabador es M. La Vieille, una notabilidad en su arte.

Sin mas preámbulo entraremos pues en materia con el cuadrito que tiene por título: *La Caída de la tarde*.

Antes de amanecer estaba ya trabajando el mozo Santiago, como lo prueba la tierra removida en que se encuentra; y aunque va llegando la noche, le cuesta decidirse á dejar su tarea, y lo hace protestando contra lo cortos que son los dias de otoño.

Entre tanto la sombría bóveda se va esmaltando de estrellas, y el pálido perfil de la luna empieza á destacarse en las tinieblas; en la tierra las sombras se afirman, los trabajadores parecen fantasmas; las masas lejanas se confunden en la bruma; y en las últimas claridades del sol en el ocaso se destacan las chozas de la aldea, y se ven columnillas de humo que se escapan por las chimeneas.

Este humo anuncia la comida; pero Santiago permanece impasible á esa invitacion, como se mostró indiferente á las otras señales de la retirada; se despacha en su labor, y sigue trabajando.

Mas hé aquí que el labrador del campo contiguo recoge el arado, se envuelve en su *limosina*, y montado en su caballo se aleja silbando; esto decide á Santiago que reúne sus instrumentos y se pone la chaqueta.

Sin embargo, aun no se aleja: sigue contemplando la tierra que ha removido, con cierto amor estático.

¿Piensa en la cosecha que será el fruto de su labor? quizás no, pues ese campo es suyo, esa tierra le pertenece, y desnuda y despojada como se halla, la quiere entrañablemente. Enrique IV decia: Cuando veais tierras llenas de cardos y de yerbas estériles, no hay que preguntar, son tierras que pertenecen á la Iglesia ó á mí.

Y con efecto, jamás confundirá nadie el campo de Santiago con las tierras reales. R. S.